

San Isidro Fútbol

Pino Cacucci

© Pino Cacucci

Traducción: Francesca Gargallo

Marzo 2014

Ésta es una publicación del H. Ayuntamiento de Nezahualcóyotl
y Para Leer en Libertad A.C.

brigadaparaleerenlibertad@gmail.com

www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

Prólogo

A veces la literatura da pequeños placeres, libros breves, impecables, entretenidos, inteligentes y tiernos. Justamente eso es *San Isidro Fútbol*, la novela de Pino Cacucci, uno de los escritores italianos de garra capaz de empezar a narrar a partir de la primera línea.

Me cuento entre los fanáticos de *San Isidro Fútbol*, y de todas las novelas de Pino Cacucci, el escritor y amigo boloñés, siempre alejado de la farándula literaria, dedicado a escribir sus bellos libros, a traducir estupendamente literatura iberoamericana, y a jugársela por las causas nobles.

San Isidro Fútbol es la historia de la dignidad de un pequeño conglomerado humano del México profundo. Cacucci es un maestro en el arte de narrar desde la perspectiva de los protagonistas que se instalan en el camino del lector, es decir, que toma partido y, tal como lo hace en la vida de ciudadano, se inmiscuye abiertamente y forma parte del bando de los que necesariamente, alguna vez —porque la literatura también cuenta la historia de la humanidad como debió haber sido— deben vencer al destino disfrazado de costumbre inamovible.

Fiel a la necesidad de narrar, del placer de narrar sin desvaríos estilísticos o aspavientos de erudición, Cacucci se vale de una galería de personajes con vidas visibles, palpables —y cuánto se agradecen los personajes que no parecen salidos de un huevo— y nos lleva con ellos por los senderos del humor, de la pasión, de la esperanza y de conmovedoras enterezas.

He leído casi toda la obra de Pino Cacucci, empecé con *San Isidro Fútbol*, seguí con *Outland Rock*, con la biografía novelada de *Tina Modotti*, hasta llegar a *Demasiado Corazón*, y tras cada lectura siempre me quedó el sabor glorioso que dejan los buenos libros, los libros que perduran y envejecen con nosotros como parte de nuestro inventario sentimental.

Es particularmente difícil escribir sobre *San Isidro Fútbol* sin contar entera la novela.

Digamos entonces que es una historia en la que, un accidente aéreo, el «sí» de una chica en vísperas de un partido de fútbol importante, la dignidad de un pueblo y las deformaciones nunca inocentes de la sociedad, se encuentran para dar lugar a un problema cuya solución será previsible para aquellos que tienen el corazón henchido de amor por la vida, e impensable para los que creen tener agarrada la sartén por el mango.

Pino Cacucci es un escritor italiano, boloñés de pura cepa, y con el alma surcada de caminos latinoamericanos. No es casual entonces que sea el autor de esta gran novela latinoamericana.

LUIS SEPÚLVEDA

1

Don Cayetano Altamirano no era exactamente el alcalde de San Isidro. Todos lo consideraban la máxima autoridad en un radio mínimo de dos horas de camino, es cierto, pero el gobierno no podía reconocerle como alcalde por la sencilla razón de que San Isidro no era siquiera un pueblo. Veintidós casas de madera y chapa no justificaban mención alguna en los mapas federales y, menos aún, en el mapa geográfico del ejército de Su Excelencia don Porfirio Díaz, colgado en la pared que tenía detrás. Pero como había aprendido a leer y escribir al menos dos tercios de las letras del abecedario, don Cayetano no había dudado en añadir un círculo con el nombre de su pueblo en caracteres algo más pequeños que los de Ciudad de México pero algo mayores que los de Acapulco. El problema, en cualquier caso, consistía en determinar si San Isidro pertenecía al estado de Veracruz, de Puebla o de Oaxaca, porque justo al norte de Santa María Chilchotla convergían las tres fronteras. Este asun-

to había sido el tema del día de doce reuniones interminables del Consejo, cuatro votaciones —una de las cuales quedó invalidada por embriaguez profunda de Fulgencio Murillo— y una deliberación salomónica que concedía la pertenencia al primero de los tres estados que asfaltara la carretera que llevaba a Cerro Mojarra. Como aquellos veinte kilómetros escasos seguían tal cual —es decir, cubiertos de tierra en los meses secos y de barro durante la estación de lluvias— San Isidro mantenía, orgulloso, su independencia federal. Eso no significaba, por ejemplo, que faltaran los servicios indispensables como la luz eléctrica, que llegaba a San Isidro gracias a un complicado y muy ingenioso sistema de cables colgados de los árboles ideado por Justino Portillo, quien realizaba una escrupulosa revisión cada mes de mayo, cuando mantenía la sobriedad durante treinta y un días seguidos en cumplimiento de una promesa hecha a la Virgen de Guadalupe. La fuente de energía era una torre situada a media jornada de camino, y Justino Portillo, el único que sabía diferenciar los numerosos cables de hierro que colgaban de lo alto. Lamentablemente, el primer intento de empalme le había costado la vida a *Marta*, su inseparable mula, y en las sucesivas tentativas habían quedado carbonizados tres perros y dos gallinas, pero por fin Justino se había ganado el eterno reconocimiento de sus paisanos sin perder la vida. Por otra parte, aquello llevó la paz a su casa, ya que doña Astolfa, su mujer, siempre había tenido celos de la mula y le acusaba de hablar más con la desventurada bestia que con ella.

La razón por la que se consideraba a don Cayetano primer ciudadano de San Isidro no era únicamente su

venerable edad, de la que por otra parte había perdido la cuenta tras su septuagésimo cumpleaños, sino sobre todo la fama conseguida en su juventud, cuando había entrado en la capital con la caballería de Eufemio Zapata, hermano de Emiliano. De aquellos tiempos del pasado conservaba un precioso daguerrotipo, siempre a la vista sobre la mesa desde la que presidía las reuniones del Consejo, donde aparecía un joven de larguísimos bigotes retorcidos, con la bandolera sobre el pecho, al que hasta los niños de San Isidro encontraban un enorme parecido con el aspecto que debía de tener don Cayetano a los dieciocho años. Pero doña Luz Elena, que se había casado con él cuando ambos tenían unos quince años, no podía ignorar que el joven Cayetano Altamirano efectivamente había ido a Ciudad de México en aquellos mismos días de gloria, sí, pero para vender cuatro jaulas de guacamayos que ella misma le había ayudado a capturar en la sierra. No obstante, teniendo en cuenta que había estado fuera seis meses, con el tiempo, hasta doña Luz Elena se convencía de que su marido había participado de algún modo en la Revolución.

Indudablemente, don Cayetano era un hombre sabio y justo, con gran experiencia en las cosas de la vida, por lo que merecía ampliamente el cargo de alcalde, independientemente de la autenticidad del daguerrotipo. Aquella tarde, como cada sábado, don Cayetano estaba sentado en su butaca clavada en la tarima, regalo de un ex vecino que trabajaba en un desguace de autobuses, y aún así con firmeza el martillo con el que sancionaba la aprobación de las propuestas. La primera se había aprobado por unanimidad de los cincuenta y dos habitantes adultos de San Isidro, esto

es, de los que tenían una edad comprendida entre los doce y los noventa años. Se trataba de la emisión de un pagaré por valor de diez mil pesos al propietario de la Pepsi Cola, en resarcimiento por la sustracción de veinticuatro planchas de hojalata estampada de unos dos metros por metro y medio. El caso presentaba los siguientes antecedentes: Paquito Delgado trabajaba como mozo de almacén en una empresa de laminados de Tehuacán, de donde regresaba el sábado para pasar el fin de semana con la familia; la semana anterior había llegado con las planchas de hojalata, sosteniendo que llevaban muchísimo tiempo olvidadas en un rincón del almacén y que ya nadie contaba con ellas. A él, en cambio, le habrían ido estupendamente para reparar el techo de casa, trabajo que efectuó el domingo anterior. Como le sobraron seis planchas, las había donado al ayuntamiento para revestir la pared del fondo, de la que colgaba el mapa geográfico de 1919. Algunos padres de familia, aun sin entrar a valorar el que Paquito Delgado hubiera robado las planchas sin más —de lo que estaban convencidos—, tenían sus reparos en cuanto al uso público de aquel material que no figuraba como adquisición comunitaria en los registros del Consejo. Además, no se podía emitir una orden de pago a la dirección del almacén, lo que habría creado una situación muy incómoda para el convecino Paquito Delgado. La intervención de don Cayetano había sido concisa y clara: del mismo modo que al ganado se le pone una marca para reconocer su propiedad, aquellas planchas de hojalata debían pertenecer al «señor» Pepsi Cola o a sus herederos; pero al ejercer en aquel momento una función de utilidad pública, se decretaba su compra previo pago de

diez mil pesos, pago que, no obstante, debía satisfacer el gobierno federal, de conformidad con una ley que sin duda existiría al respecto. Don Cayetano poseía, entre otras cosas, un código civil que consultaba de vez en cuando y, aunque había sido publicado por el gobernador del estado de Tabasco, siempre suponía un buen punto de referencia. Sin embargo, tras hojearlo unos minutos, decidió recurrir a la Biblia, que también estaba presente sobre la mesa durante las reuniones, donde había leído un pasaje que a todos les pareció muy pertinente. Así, el día en que se decidiera a qué gobierno de la federación mexicana pertenecía San Isidro, automáticamente se resarciría al «señor» Pepsi Cola previa presentación de los registros de cuentas pendientes.

La segunda cuestión, en cambio, se presentaba mucho más complicada. Para poder comprender la dimensión del dilema que dividía en dos la tradicional unidad de los habitantes de San Isidro es preciso explicar que seis meses antes se había decidido con gran entusiasmo la formación de un equipo de fútbol, que ya todos llamaban, con diferentes matices de pronunciación, «equipo de *fútbol*», para participar en un campeonato entre los ranchos de la zona. Había ganaderos que poseían fincas tan grandes que las comunidades de trabajadores de su rancho, con sus respectivas familias, sumaban una población mucho mayor que la de San Isidro. Desde luego, en su caso no había ninguna necesidad de nombrar alcalde ni reunirse en un Consejo, ya que el patrón se encargaba de decidirlo todo, hasta la alineación del equipo de fútbol y la posición de los jugadores. Y también era el patrón el que ponía las camisetas y, en algunos casos, hasta las botas, así como los gastos de trans-

porte de un rancho a otro para el partido de cada domingo por la mañana. A San Isidro la fiebre del fútbol llegó de la mano de Quintino Pólvora, un joven que trabajaba toda la semana en un rancho a dos horas a caballo o tres en bicicleta, según la época, porque a Quintino, gracias a sus méritos como futbolista, le habían prestado un espléndido caballo roano de cuatro años, que el patrón del rancho le había retirado inmediatamente cuando decidió jugar en el recién inaugurado equipo del San Isidro. Llegado aquel momento, la ciudadanía se aplicó voluntariamente un impuesto para la compra de una bicicleta usada, para impedir que Quintino llegase cada sábado derrengado tras seis horas de camino a pie.

Ahora se trataba de decidir si en el importante partido del día siguiente, contra el equipo del rancho La Pizpireta, Quintino debía seguir jugando de portero o si podía jugar de «matador», término que en la jerga futbolística del sudeste de Sierra Madre indicaba un puesto libre de cualquier restricción. Hay que precisar, por otra parte, que las reglas del fútbol internacional, por lo menos en aquella región, se interpretaban cuando menos de un modo vago. Estaba muy extendida, por ejemplo, la costumbre de colocarse los veinte jugadores de campo junto a la portería opuesta a aquella desde donde se lanzaba el balón, lo que generaba furibundas melés que provocaban heridas y contusiones varias. Un matador solía tener la misión de intentar interceptar el balón para disparar a puerta o, en el caso contrario, de aprovechar un contrapié para salir corriendo y dejar atrás a todos los adversarios. Huelga recordar que el concepto de «fuera de juego» era absolutamente desco-

nocido. Quintino era un excelente portero, pero sólo porque se lo había impuesto el patrón del rancho cuando jugaba en su equipo. En realidad, tenía el físico ideal del típico matador: pequeño, delgadísimo, todo fibra y nervio, con una gran habilidad para escabullirse entre las piernas de los adversarios y evitar que lo agarraran, hasta el punto de que, en los dos partidos que había jugado como matador, había acabado sin camiseta y con los pantalones hechos jirones. Incluso se había cortado el pelo muy corto para evitar los tirones. Pero lo que corría el riesgo de devolverlo a su antigua posición era una violenta disentería amebiana que aquejaba a Magdaleno Mármol, portero titular, apodado *el Zopilote* por su eterna postura con los brazos abiertos, que recordaba al gran pájaro carroñero. No destacaba por su gran movilidad; de hecho, a decir verdad, raramente se movía del centro de la portería, pero tenía unos brazos tan largos que cubría una buena parte de la meta. Y ahora, aunque no renunciaba a asistir al gran evento, el Zopilote no hacía más que ir y venir de las matas de al lado de la barraca. Hasta aquel momento, de nada habían servido los esfuerzos de las comadres más expertas: las infusiones de sábila y arcilla, las cabezas de ajo enteras y los litros de limonada no conseguían frenar la diarrea galopante que lo tenía postrado.

Tras una prolongada y encendida discusión, apenas mantenida dentro de los límites del debate civilizado gracias a los martillazos de don Cayetano que acabaron por hundir la mesa, le llegó el turno de intervenir a Pepe Gónzora, decidido entrenador del equipo y curandero de pollos que, con una disertación tan detallada como docta, abogó en

favor de Quintino, y sostuvo que Magdaleno Mármol podía permanecer perfectamente en el centro de la portería con los brazos abiertos independientemente de sus amebas, teniendo en cuenta que, en cualquier caso, nunca se movía más de medio metro. Y recomendaba, de todos modos, que se pusiera un calzón largo de gran capacidad, no fuera cosa que no resistiera hasta la media parte. Se procedió a la votación y, con cinco manos alzadas de ventaja, Quintino Pólvora fue refrendado en su puesto de matador. Don Cayetano le ordenó, por tanto, que se fuera inmediatamente a la cama, para estar en plena forma al día siguiente.

Faltaba por deliberar el último asunto. Los antecedentes los expuso Justino Portillo, en calidad de encargado de los problemas prácticos, y también tenía que ver con el inminente partido: como el campo de San Isidro hacía pendiente y tenía un árbol de mango en el centro, los organizadores del campeonato no lo habían querido homologar, lo que en su momento estuvo a punto de desencadenar un sangriento motín. Por tanto, los partidos del San Isidro *Fútbol* se jugaban en perenne exilio. Pero aquello les obligaba a participar en el mantenimiento de los campos contrarios, que en aquel caso consistía en el préstamo de diez bancos y el uso de un saco de cal para marcar los límites del campo. Los bancos no suponían ningún problema, ya que se podían trasladar de la sala del Consejo al campo, usando la camioneta del herrero Pascual Sandía. Problemática se presentaba, en cambio, la cuestión del saco de cal, dado que hasta aquella tarde no se habían percatado de que no quedaba ni uno solo en todo San Isidro. Desde luego, no podían dar aquella imagen ante los de La Pizpireta. Llega-

dos a aquel punto, Justino Portillo hizo una pausa y todos se le quedaron mirando a la cara durante al menos cinco minutos, hasta que se dieron cuenta de que tenía la mirada fija en alguien sentado al fondo de la sala. Uno tras otro, los presentes se volvieron y empezaron a fijarse en el objetivo de Justino, y pasaron así otros cinco minutos.

Al principio, Álvaro Cristóbal intentó hacerse el despistado, volviéndose también él hacia atrás, pero fue a topar de narices con la pared. Entonces se puso a mascar una raíz de jícama, haciendo gala de una total indiferencia. Cuando don Cayetano rompió el silencio con un falso golpe de tos —que, no obstante, acabó causándole espasmos y una serie de rabiosos espantos sobre la mesa—, Álvaro Cristóbal se puso en pie de un salto y gritó:

— ¡Ni que bajara San Miguel con todos sus querubines! ¡Mi abono no se lo doy a nadie!

Las mujeres se persignaron a toda prisa, los hombres sacudieron la cabeza y don Cayetano lo fulminó con una mirada asesina.

Sucedía que el viejo Álvaro Cristóbal, hombre recto pero de carácter tan difícil que ninguno de sus siete hijos se había quedado a vivir con él y la única esposa que le había sobrevivido, la tercera, lo había dejado para unirse a un circo, guardaba desde hacía un tiempo un curioso secreto. A pesar de las minuciosas investigaciones de las comadres más reputadas de San Isidro, nadie había podido saber de dónde había sacado unos sacos de abono misterioso, de aspecto bastante parecido a terrones de cal, y que Álvaro Cristóbal distribuía con parsimonia por su pequeño terreno cultivado de maíz. A aquellas alturas a todos les había

quedado claro que Justino Portillo tenía la intención de conminarle a ceder un saco de aquel abono blanquecino, pero Álvaro Cristóbal no atendía a razones: para él se trataba de un despilfarro inadmisibile, y precisamente cuando faltaba menos de un mes para la cosecha. Se armó la de San Quintín. Los gritos y los silbidos se impusieron al sonido de los martillazos de don Cayetano, mientras Álvaro Cristóbal mantenía a sus paisanos a raya enarbolando el bastón y soltando las más espantosas imprecaciones. Se recuperó una cierta calma con el anuncio de Chepe Chamaco, propietario de la taberna, que hizo uso de su voz de barítono para declarar:

— ¡Que se me llene la boca de sangre si te vendo una gota más de mezcal!

El pobre Álvaro Cristóbal se quedó pálido. El mezcal de Chepe Chamaco era el único licor disponible en San Isidro, y la perspectiva de aquella pérdida habría sumido a cualquiera en la más profunda de las miserias. Las carcajadas de escarnio aumentaron su consternación. De modo que don Cayetano se vio obligado a intervenir con una oferta justa, para evitar una peligrosa fractura en el seno de la comunidad. Decretó que, a cambio del saco de abono en polvo, todos colaboraran en la recogida de tres carretillas de estiércol de vaca antes del lunes siguiente; y quien no tuviera una vaca contribuiría a la compra de una botella de mezcal como indemnización complementaria. Aunque a regañadientes, Álvaro Cristóbal aceptó. Tras lanzar una tremenda maldición a Chepe Chamaco, se comprometió a ceder un saco de su abono, solicitando, no obstante, viajar en la cabina de la camioneta, junto al conductor, y no sobre el remolque, como las otras veces. Se le concedió.

— Que se haga la voluntad de San Isidro — decretó don Cayetano, dando el martillazo final sobre la maltrecha mesa.

2

Visto lo visto, se podría deducir que todas las cuestiones se resolvían del mejor modo posible. Pero el azar, apenas una hora antes, había decidido con toda malicia alterar el orden de las cartas en el juego. Aunque la valoración, como en todos los sucesos humanos, depende siempre del punto de vista del que se mire. Y desde el punto de vista de Quintino Pólvora, el azar le había traído buena suerte, muy buena. Para él, pero no tanto para el probable resultado del partido.

O lo que es lo mismo: al salir de la sala del Consejo, Quintino Pólvora tenía la firme intención de acostarse y dormir todo lo que hiciera falta para presentarse en el campo fresco y descansado. Sólo que, para llegar a su casa, tenía que pasar para delante de la de Pepe Góngora. Y Pepe Góngora tenía una hija, Antonia, cuya visión por sí sola provocaba desde hacía un tiempo extrañas reacciones en el estado mental e incluso físico de Quintino. Algo que no conseguía explicarse bien, pero que se manifestaba en forma de un repentino frío en los pies y un absurdo calor en la cara, que lo inflamaba como aquella vez que, de niño, se había dormido frente a la chimenea y había tenido fiebre durante dos días. Por no hablar del redoble de tambor que le estallaba en el pecho y que se prolongaba incluso hasta después de haberla perdido de vista.

Y Antonia, aquella tarde, estaba estirada en la hamaca colgada entre la pared y el árbol de jacaranda, ba-

lanceándose suavemente en la penumbra, con una pierna dejada caer indolentemente.

El instinto le sugirió a Quintino bajar la cabeza y seguir recto; pero apenas escuchó el saludo de ella, con aquella voz suave como la pulpa del maguey, el instinto cambió de opinión y le aconsejó detenerse, sonreírle, apoyarse en el árbol, buscar una respuesta menos tímida y entrecortada de lo habitual. Es decir, que el instinto de Quintino se reveló de pronto como un depravado, indigno de ser tomado en consideración. De poco valió un torpe intento de la razón, que le aportó una justificación, como la de que se parara sólo unos minutos, lo justo para no quedar como un niño avergonzado, con el convencimiento de que en un rato se iría a dormir. En realidad, una ocasión como aquella no se la podía imaginar ni en el más dulce de sus sueños: el padre de Antonia estaría discutiendo hasta la tercera deliberación y luego se retrasaría con la ritual ronda de mezcal con que se celebraba la conclusión de cada reunión. En la casa no había nadie, porque a la madre se la había llevado por delante una epidemia de sarampión cuando ella apenas había cumplido los dos años y, además de que no tenía hermanos, contaba con la circunstancia favorable de que la cabaña más próxima estaba a más de cincuenta metros. Desde luego, Quintino no enumeró mentalmente todos estos guiños del destino, y menos aún pensaba en el partido del día siguiente, idea que le había desaparecido prácticamente de la cabeza tras los primeros quince segundos de cruce de miradas. La única idea que le asomó un momento, para esconderse después a toda prisa en Dios sabe qué rincón olvidado de la mente, fue la de sorpresa por haber con-

seguido apretar sus labios contra los de Antonia en apenas diez minutos tras el inicio de la conversación, por otra parte vaga y desestructurada como todas las conversaciones que se entablan a la espera de algo muy diferente. Y cuando descubrió la calidez húmeda de su boca, Quintino perdió toda conciencia de encontrarse en un lugar llamado San Isidro, o de que estuviera en este planeta y no en otro. No tardaron mucho en decretar la incomodidad de la hamaca, aunque evidentemente fue ella la que hizo la observación. Él se limitó a asentir con la cabeza, quizá con demasiada vehemencia, casi como si sufriera de convulsiones en el cuello. Una vez en casa, enseguida se olvidaron del tiempo y de las estaciones, y gracias a la benevolencia del azar —o a una mala jugada, según opinarían otros— Pepe Góngora bebió tanto mezcal que acabó dormido bajo la mesa de la presidencia, y don Cayetano lo dejó allí, sin darse cuenta, al encontrarse en un estado de gracia similar.

Echando cuentas, resultó que Quintino y Antonia sintieron la primera llamada del sueño cuando ya avanzaba la aurora, cuya claridad autoritaria provocó en Quintino un ataque de responsabilidad y en Antonia una dulce sonrisa. Así, por efecto de una de aquellas llamadas al orden que tanto nos amargan la existencia a los seres humanos, Quintino se vistió a toda prisa, la besó y la volvió a besar por todas partes, le prometió dedicarle el primer gol y el resto de su vida y salió a toda mecha.

Cuando llegó a casa, como todos estaban ya levantados, dio un rodeo por el campo de papayas e hizo como si volviera de una carrera matutina. Su padre se enorgulleció de su sentido del deber.

El saco de abono apenas bastó, y el trazado de las líneas del campo se desarrolló bajo la sufrida mirada de Álvaro Cristóbal, que por lo menos llevaba cuatro horas mascullando una letanía de imprecaciones ininterrumpidas. El partido empezó a las diez y media según el árbitro, las once y cinco según el reloj de don Cayetano. En cualquier caso, el sol estaba alto. Y las piernas de Quintino eran una masa de gelatina sin huesos. Pepe Góngora no tardó mucho en darse cuenta de que su único fuera de serie estaba en peor estado que él, que con la *cruda* provocada por las copas de la noche anterior, no tenía fuerzas siquiera para insultarlo. Quintino era la única esperanza que tenían de arrebatarse el balón a los contrarios, ya que el Zopilote no tenía los brazos extendidos, sino alrededor de la dolorida barriga, y en diez minutos ya le habían colado seis goles. Además, los de La Pizpireta parecían estar todos a punto de sufrir un ataque de apoplejía de tanto reírse. El hijo del patrón incluso se había hecho daño al caerse del techo del Jeep durante una arriesgada contorsión, y seguía carcajeándose mientras se apretaba un pañuelo contra el ojo. Un desastre. Pepe Góngora, con un suspiro tan profundo que le provocó un pinchazo en las sienes por el exceso de oxígeno, decidió que Quintino se fuera a la portería y que en su lugar entrara Luisito, hijo de Chepe Chamaco, que aunque tosco y desgarrado, por lo menos retardaría, a empellones y cabezazos, aquella caída hacia el abismo.

Pepe levantó los brazos para indicar el cambio, pero le cayó encima una piel de sandía que le había lanzado al

cogote el herrador del rancho y, al darse la vuelta de golpe, resbaló, con lo que acabó sobre las rodillas de Álvaro Cristóbal, que en una reacción instintiva le asestó un bastonazo sobre la espalda. Justo en aquel momento, Quintino recibió un empujón de un adversario que le hizo caer de bruces en el fango. A su alrededor se desató la revolución. Gritos, pedorretas larguísimas, duras alusiones a los hábitos sexuales de los habitantes varones de San Isidro, afirmaciones irrepetibles sobre el mismo tema pero que tenían por objeto a las gallinas, etcétera. Don Cayetano se puso en pie de un salto, temblando de rabia. Y cuando le cayó encima un puñado de tostaditas adobadas que lo dejaron bañado en chile y aceite refrito, el alcalde de San Isidro, don Cayetano Altamirano, sacó del cinturón su viejo pero fiel Colt Frontier calibre 44-40 y disparó tres veces al aire.

Se hizo un discreto silencio de pronto. Nadie replicó, en parte porque la hinchada de La Pizpireta sólo contaba en aquel momento con algún machete y unos cincuenta cuchillos y porque para ir a buscar los fusiles a sus casas habrían tardado más de un cuarto de hora.

Mientras tanto, afortunadamente, Quintino estaba pensando que el fútbol le importaba bien poco, y no sentía ni el más mínimo atisbo de arrepentimiento por lo que había pasado la noche anterior; no obstante, con el rostro contra el campo de juego, sentía también un dolor moral por haber decepcionado de aquel modo a sus paisanos de San Isidro. Se resignó a que lo sustituyeran, levantó la cabeza y vio que el alboroto remitía. Hasta entonces no asoció el ruido que acababa de oír al gran revólver que empuñaba don Cayetano. Y, dominado por la vergüenza de

haber arrastrado a su alcalde a una situación como aquella, volvió a bajar la cabeza, rozando el fertilizante blanco de Álvaro Cristóbal. De hecho, había caído justo en el límite del campo y, en un gemido de rabia, se llenó la nariz de aquel polvo ardiente.

Su primer impulso fue el de soplar fuerte para sacárselo, pero le había entrado tanto que una parte le había llegado hasta la garganta. Se levantó, intentando sacarse el «abono» de la cara, pero no tuvo siquiera tiempo de estornudar: Pepe Góngora ya se había recuperado tras el bastonazo de Álvaro Cristóbal y avanzaba hacia él blandiendo una silla. Quintino, movido por la necesidad de huir más que por otra cosa, se lanzó a la carrera hacia la melé, donde se encontró con el balón, y casi sin darse cuenta empezó a esquivar adversarios como un poseso, a soltar patadas en las espinillas y codazos entre las piernas mientras corría, corría atravesando el campo de un lado a otro, hasta encontrarse frente al Zopilote, y por poco no tira a puerta; unos segundos más tarde se encontró frente a la meta opuesta, donde disparó un tiro que mandó el balón al fondo de la red y su bota al estómago del portero. Tras recolocársela en el pie, tres minutos más tarde volvió a marcar y, cuando el árbitro puso el balón en el centro, sin que el equipo contrario tuviera ni tiempo de verlo, ya todo San Isidro celebraba exultante el tercer gol. Al final del primer tiempo, Quintino había empatado a seis.

Pepe Góngora lloraba abrazado a Álvaro Cristóbal, que se limitaba a golpearle con la mano en la cabeza balbuciendo conmovido, y todos saltaban y devolvían los gestos obscenos a los de La Pizpireta, mientras don Cayetano

remplazaba las tres balas disparadas del tambor de su Colt, sonriendo y presumiendo bajo los largos bigotes retorcidos, que con los años se le habían quedado blanquísimos y algo caídos. Quintino no tenía ojos más que para su Antonia, que le miraba con orgullo y emitiendo promesas fácilmente inteligibles. Pero cuando tuvo que levantarse del banquillo para volver al campo tuvo la sensación de que el cansancio de los dos días anteriores le volvía a aplastar contra el suelo. Había sido un error sentarse.

Intentó estirar las piernas para liberarse de aquellos cepos invisibles que le tenían anclado, pero la inexplicable energía que le había invadido poco antes parecía volatilizada. Empezó la segunda parte y él ponía toda su voluntad para correr tras aquel balón que de nuevo se había vuelto demasiado rápido y escurridizo para sus pesadísimos pies. El entusiasmo de sus paisanos disminuyó con el séptimo gol de La Pizpireta. Y cuando marcaron el octavo y el noveno, don Cayetano volvió a pensar, como más de medio siglo atrás, que seis balas eran pocas para una pistola. Volvieron a llover los insultos y las especialidades culinarias sobre los atónitos vecinos de San Isidro. Quintino estaba más desfondado aún que al principio. Corría con la boca abierta y los brazos colgando, con dificultades para que el aire le atravesara la garganta y le llegara hasta los pulmones. Entonces, dado que era muy supersticioso y se fijaba mucho en los gestos rituales, decidió repetir con todo detalle la secuencia que había precedido al inexplicable milagro.

Fingió que resbalaba y fue a caer de bruces en el mismo punto, hundiendo la nariz en el polvo blanco que marcaba los límites del campo. Respiró profundamente, se

puso de nuevo en pie y en pocos segundos las piernas se le volvieron tan ligeras y sibilantes como la brisa que atraviesa los chilamates de la sierra.

Cuando el árbitro se lleva los cuatro dedos a la boca para silbar el final del partido, Quintino ni se dio cuenta. Más tarde le comunicaron que el decimoquinto gol no era válido, y se lo tomó fatal.

4

Al alba del lunes por la mañana, Quintino pasó cinco veces frente a la casa de Pepe Góngora antes de decidirse a tomar el sendero que llevaba al rancho. Cada vez que pasaba, Antonia le sonreía entornando los ojos. Aquel curioso ir y venir no le pasó inadvertido a doña Astolfa, quien a aquella hora se dirigía a la caza de iguanas por las colinas próximas. La señora de Justino Portillo se rió para sus adentros, bendiciendo con una oración a san Pablo de los Gentiles lo que tenía toda la pinta de acabar en un nuevo matrimonio que alterara la paz de San Isidro.

A Quintino no le había resultado fácil llegar a la noche. El frenesí que le dominaba se había traducido en una aceleración del ritmo de trabajo, lo que le valió incluso el elogio personal del patrón, que se apresuró a añadir que hasta podría obtener un aumento de sueldo si se decidía a volver a su equipo.

El irrefrenable deseo de volver lo antes posible a San Isidro no tenía como único motivo el volver a ver a Antonia, a la que, por otra parte, había conseguido rozar en la mano tras esperarla frente a la fuente, sino también

la curiosidad de hablar con Álvaro Cristóbal de su extraño fertilizante, del que, desgraciadamente, no había quedado ni rastro debido al temporal que se había desencadenado justo unos minutos antes del final del partido.

Quintino sabía bien lo difícil que era caerle en gracia al viejo y, sobre todo, lo delicado que era entablar una conversación con él, lo cual dependía no sólo del tema tratado, sino también de una serie de causas concatenadas como lo que hubiera comido aquel día y cómo lo hubiera digerido, el estado del tiempo y la consiguiente repercusión sobre su reuma, la evolución de la guerra contra los parásitos de su terreno y quizás el ciclo lunar. Pero Quintino, además de contar con cierta simpatía por parte del viejo, tan vaga como injustificable, sabía que sólo había un modo de cerrarle la boca y el corazón, para lo que invirtió una parte de su jornal en la compra de una botella de mezcal de medio litro.

En principio usó la excusa del partido, y el vasito que se iba llenando y vaciando a intervalos regulares hizo el resto. Además, Quintino bebía poco, lo que indiscutiblemente aumentaba la capacidad ofensiva de aquel medio litro. Pero cuando por fin se decidió a abordar el tema del abono, Álvaro Cristóbal se lanzó de pronto en una invectiva contra los abusos de poder, y aun cuando se reiteraba en su aprecio por el alcalde, maldijo a Justino Portillo y a todos los que le habían respaldado. Quintino fue muy hábil, en aquel punto, exaltando las virtudes de su fertilizante y denunciando la evidente injusticia que suponía cambiárselo por vulgar estiércol. Álvaro Cristóbal se encendió aún más, y dejó escapar una extraña frase que alimentó enormemente las fantasiosas elucubraciones de Quintino:

—Pero el cielo, que me lo dio, también ha sido muy generoso...

Una hora más tarde, la conversación seguía centrada en el mismo tema, mientras el gusano de la botella empezaba a aflorar inexorablemente en el fondo. De hecho, como es bien sabido, el verdadero mezcal debe contener indefectiblemente un gusano del agave para equilibrar el sabor del licor, y se conserva íntegro y rollizo durante mucho tiempo gracias al alcohol en el que se encuentra sumergido. Por otra parte, llegar a la última copa de la botella suponía un logro que daba derecho a comérselo después de enriquecerlo con abundante chile y sal. El limón es facultativo, y Álvaro Cristóbal de hecho no le echó ni una gota. Masticándolo con expresión de profunda satisfacción, el viejo cerró los ojos y empezó a asentir. Quintino apenas contenía los nervios. Quizá hubiera llegado el momento de la verdad.

—Eres un buen muchacho —murmuró por fin Álvaro Cristóbal después de chasquear la lengua. Y con un brillo en la mirada, añadió—: Puede que seas el único en este pueblo de ineptos que pueda ayudarme... sin ir contándolo por ahí.

Quintino se quedó un buen rato en aquella incómoda postura, apenas rozando la silla, echado completamente hacia delante. Álvaro Cristóbal levantó un dedo con una parsimonia exasperante y lo agitó en un amenazante gesto bíblico. Y dijo:

—¡Pero que te crezcan setas bajo la lengua si me traicionas aunque sea con una sola palabra!

Quintino alzó la mano derecha y apoyó la izquierda contra el pecho, tras lo cual se persignó tres veces besán-

dose los dedos. Entonces el viejo se levantó, fue hasta la puerta y, con una ceja levantada, le lanzó una última mirada de advertencia. Luego cogió un machete y le indicó con un gesto que lo siguiera. Rodearon el campo de maíz y tomaron el sendero que llevaba al pico del Trastornado, majestuoso gigante de la sierra que, con su envergadura, protegía San Isidro de borrascas y vientos. Estaba entrada la noche y aunque Quintino se sentía irremisiblemente atraído por el misterio del abono energético, sentía crecer en su interior la inquietud por algunas de sus convicciones, compartidas por otra parte con la mayoría de sus paisanos. De hecho, estaba extendida la creencia de que a los pies del pico del Trastornado habitaba una colonia de «chanecos», criaturas de la selva hostiles y de lo más impredecibles. Los que aseguraban haberlos visto describían a los chanecos como enanos con cara de recién nacido y absolutamente desnudos, que ostentaban desmesurados atributos sexuales y disfrutaban orinando desde lo alto de los árboles a los que pasaban por allí. Calixto Lacayo, barbero y zapatero remendón de San Isidro, volvió una vez de la selva completamente empapado, pese a que era una época de tremenda sequía y, sin necesidad de interpretar las frases del pobre hombre, estupefacto y confundido, al numeroso público presente no le quedó duda de que a Calixto le había llovido encima un torrente de orina que, por otra parte, desprendía un fortísimo olor a azufre. Bien poco crédito se dio a las acusaciones de su mujer, Otela, que sostenía la tesis de una desmesurada ingesta de setas.

Álvaro Cristóbal caminaba a buen ritmo, con la frente alta y el bastón en perfecta sincronía con el paso.

Quintino se daba ánimos a sí mismo pensando que, contrariamente a su imagen de desquiciado histérico e impulsivo, el viejo tenía una gran experiencia y una sabiduría poco común. Por otra parte, sus mejores cualidades afloraban precisamente cuando rebasaba los diez vasos de mezcal, por lo que no había motivo para temer que no supiera lo que se hacía.

En un momento dado se detuvo y se puso a escuchar algo entre los árboles. Los cabellos de Quintino, aunque cortos, se le pusieron de punta, dándole la sensación de que se le despegaban del cráneo. Pero el viejo dio la impresión de que se iluminaba y, con una sonrisa triunfante, señaló una estampilla de san Pedro Mártir clavada en un tronco. Evidentemente se trataba de una señal para recordar el punto en el que debían girar. Después de recomendarle con un gesto que mantuviera el silencio más absoluto, Álvaro Cristóbal dejó el sendero y se introdujo en la espesura del bosque.

Quintino blandía el machete como si empuñara la espada de san Jorge, pero sólo para darse ánimo; porque no había necesidad de cortar ninguna rama. El viejo había abierto una pista entre la vegetación, aunque no se veía desde el sendero, ya que había procurado dejar intactos los primeros matorrales.

Llegaron a un claro con el suelo de piedra, lo que dejaba poco espacio a la vegetación para mostrar su presencia. Una vez atravesado, la selva se volvió tan densa que la claridad de la luna llena no bastaba para iluminar el camino. Entonces Álvaro Cristóbal sacó del bolsillo una especie de linterna, pero que desde luego no funcionaba

con pilas, sino con un resorte que, al presionarlo continuamente, generaba una luz amarillenta y trémula. El ruido estridente y herrumbroso que atravesó el silencio de la noche aumentó los temblores que le corrían por la espalda a Quintino.

El viejo se inclinó, buscando con el rayo de su achacosa linterna un rastro entre las piedras de alrededor hasta que encontró la figurita de san Francisco de Asís acariciando al lobo; la posición de este último indicaba la dirección que debían tomar entre los árboles.

Siguieron adelante por lo menos otra hora más, recomfortados por la presencia de un par de docenas de santos y vírgenes que les iban confirmando puntualmente que seguían por la ruta correcta. Por fin llegaron a una garganta entre dos paredes de roca donde encontraron la última señal: en este caso, para variar, se trataba de Dolores del Río en su inolvidable interpretación en *María Candelaria*, que probablemente Álvaro Cristóbal había recortado de una vieja revista a falta de más estampas. Entonces se encaramaron al borde del desfiladero y atravesaron un tramo de bosque, siguiendo una trayectoria en ángulo recto con respecto a Dolores del Río.

De pronto, las ramas de los árboles aparecieron rotas y arrancadas como si un gigantesco machete hubiese atizado un tremendo mandoble desde el cielo. Quintino se quedó paralizado, mientras Álvaro Cristóbal emitía una risa triunfante.

Siguiendo el rastro de la vegetación devastada, llegaron frente a algo que, en un primer momento, Quintino imaginó que sería el correo Tlacotepec-Zoquitlán, lanzado allí por un potente tornado.

—Recuerda que lo has jurado —le volvió a advertir Álvaro Cristóbal con tono amenazante. Quintino asintió automáticamente mientras seguía acercándose, como atraído por una visión celestial. Así que era una avioneta. A pesar de que tenía las alas abarquilladas hacia atrás, el fuselaje del pequeño avión de transporte se conservaba casi intacto, y Quintino acabó con las pocas dudas que le quedaban cuando vio el timón y una pala de la hélice retorcida. Rozando con la mano los arañazos sobre la pintura, que aún no estaba cubierta de musgo, llegó hasta la ventanilla rota y, como si una idea pavorosa le empujara hacia atrás, se quedó paralizado ante la carlinga. La oscura cavidad tras la ventanilla le hizo pensar de pronto en la imagen del piloto, seguramente convertido ya en un cadáver desfigurado, teniendo en cuenta la intensidad del calor y la humedad, que envolvían todo en un olor de hojarasca descompuesta. Álvaro Cristóbal le leyó el pensamiento. Hizo una mueca de asco para mostrar lo que pensaba de las nuevas generaciones y le susurró:

—No te manches los calzones, muchacho, que lo único muerto que hay ahí dentro es el medio kilo de mosquitos que he aplastado yo.

Tranquilizado por las palabras del viejo y aún más por el manotazo que recibió inmediatamente después en el cogote, Quintino empezó a darse cuenta de que millones de mosquitos, tábanos, moscas y demás criaturas voladoras que la madre naturaleza se había empeñado en concentrar en aquel lugar parecían de pronto sentir una atracción voluptuosa por su piel. La descarga de bofetadas que empezó a darse en la cara, el cuello, los brazos y los tobillos obligó

a Álvaro Cristóbal a reprenderle bruscamente: le explicó que el piloto seguramente se habría salvado y que antes o después volvería a recuperar su abono; eso podía ocurrir en cualquier momento, por lo que más valía que no hiciera tanto ruido y se apresurara a cargarse un saco a la espalda. El viejo, por su parte, era inmune a los ataques porque, tras la larga caminata, estaba sudando alcohol puro, y eso mantenía alejados a los insectos.

Quintino se decidió a entrar en la carlinga a través de la abertura sin puerta, pero obstruida por la hojarasca que el viejo se había encargado de colocar, quizá para evitar que algún animal demasiado grande convirtiera la avioneta en su nueva guarida. Aquello no había impedido que un prolífico tlacuache instalara allí a su numerosa familia, y aquellas luces rojas que Quintino se encontró enfrente antes de que Álvaro Cristóbal le pasara su linterna autárquica eran precisamente siete pares de ojos que le miraban. El tlacuache es un roedor inofensivo que los gringos confunden a menudo con la rata, lo cual resulta inadmisibile, teniendo en cuenta que el tlacuache es por lo menos cinco veces mayor que cualquier rata de alcantarilla. En cualquier caso, Quintino no tuvo tiempo de poner a prueba sus conocimientos sobre el tema, porque los siete tlacuaches echaron a correr a la vez en todas direcciones, mientras él salía como alma que lleva el diablo por la portezuela, arrasando en la caída a Álvaro Cristóbal que, por efecto del reflejo condicionado que ya conocemos, le asestó dos bastonazos en la espalda. Espoleado por la ráfaga de insultos, el muchacho reunió valor y volvió dentro, esta vez con la linterna en una mano y el machete en la otra. Los pobres

tlacuaches, enemigos de la luz, se refugiaron en la cabina del piloto y allí se quedaron, apretados junto al cabeza de familia, a la espera de que cesara aquel insoportable ruido de muelles oxidados.

Apretando espasmódicamente el resorte de la linterna, Quintino iluminó el montón de sacos apilados en la carlinga. Había por lo menos tres docenas, de grueso plástico negro y de un tamaño de la mitad de los que se suelen usar para cemento. Algunos se habían abierto con la colisión, esparciendo por el suelo kilos y kilos de polvo blanco; pero debía de ser muy sensible a la humedad, porque la capa que tenía bajo los pies era resbaladiza y se había convertido prácticamente en una papilla pastosa. Por un momento Quintino se preguntó qué efecto podría tener aquel «abono energético» sobre los animales que chapoteaban en él, lo que le generó una frenética necesidad de salir de allí lo antes posible: se cargó un saco a la espalda y salió de un salto, imitando conscientemente el gesto de los paracaidistas, como en una antigua película que había visto unos años atrás en Tehuacán. Aterrizó sobre las rodillas, plantando la punta del machete en el suelo, a poquísimos milímetros del pie de Álvaro Cristóbal. Afortunadamente, el viejo no se dio cuenta e, imprecando entre dientes por la torpeza de Quintino, se puso a colocar las ramas que tapaban la entrada antes de reemprender el camino de vuelta.

Al principio Quintino estaba demasiado alterado por la euforia de aquella solución parcial del misterio, pero hasta media hora más tarde no se dio cuenta de que el saco parecía aumentar de peso a cada metro que andaban. Se preguntó cómo diablos lo habría hecho el viejo para cargar

uno hasta San Isidro. Consiguió negociar con él un par de paradas, durante las cuales repitió el prodigio experimentado al inicio del trayecto, practicando un pequeño orificio en el plástico del saco. Así pudo mantener el paso acelerado del viejo y llegaron a casa cuando aún faltaba más de una hora para el alba.

Álvaro Cristóbal, satisfecho con aquel transporte gratuito, se decidió a contarle más de lo que esperaba: había descubierto el avión dos semanas atrás, durante una larga excursión en busca de setas, y había tardado un día y una noche en cargar un saco hasta su casa. Por lo que decía, se trataba de un fertilizante, destinado a algún rancho de Dios sabe dónde que se habría precipitado en la sierra por intercesión de san Crispín, al que pedía desde años atrás la gracia de una esposa que le ayudara en las tareas del campo; al no tener a mano una mujer que cumpliera esos requisitos, san Crispín le había querido contentar dando una solución diferente al problema: efectivamente, desde que usaba aquel abono el maíz crecía sin necesidad de grandes cuidados, ya que habían dejado de aparecer malas hierbas y, sobre todo, ningún parásito se acercaba a meter las narices en su campo. Un regalo del cielo, sin lugar a dudas. Quintino se guardó muy mucho de decir que el fertilizante tenía otras virtudes, que probablemente tenían que ver con el comportamiento de los insectos con respecto al campo de maíz, y prometió a Álvaro Cristóbal que le ayudaría cada noche a transportar al menos un saco. Después, poniendo como pretexto unas plantas de albahaca que estaba cultivando en su huerto, Quintino consiguió que el viejo le diera un tarro con abono; Álvaro Cristóbal le pidió la

máxima prudencia a la hora de aplicarlo, ya que la pérdida del primer saco se había debido a la lengua de doña Fernanda Calderón, su vecina, que le vio repartiendo el abono y se había dedicado a comentarlo con todo el mundo aquel mismo día.

Al día siguiente Quintino se metió un puñado de abono en el pañuelo y, aunque aún no entendía muy bien de qué se trataba, decidió mostrarle un pellizco al hijo del patrón, Julián. Quintino imaginaba que le interesaría a él más que a nadie, ya que era famoso por su perenne falta de energía en el cumplimiento de cualquier tarea que el padre le encargara; este último, tras pagar varios años de estudios en el lejano Distrito Federal, se había empeinado en hacer de él un experto en problemas agrarios, aun cuando el joven manifestaba un marcado interés por los automóviles nuevos, los trajes de importación, los tocadiscos sin bocina exterior y muchas otras cosas que, convenientemente aplicadas a la compraventa, habrían representado un negocio seguro. Desgraciadamente, el padre de Julián se empeñaba en querer verlo como el futuro gerente del rancho, lo que provocaba en el joven un progresivo desapego hacia la vida campestre y, al no poder ir a la ciudad por expresa prohibición paterna, pasaba gran parte de su tiempo en posición sentada u horizontal, allá donde se encontrara. Por aquella razón Quintino había pensado aliviar aquella apatía crónica que lo estaba consumiendo ofreciéndole un remedio seguro.

Julián tuvo una reacción extraña. Con un gesto instintivo escondió el pellizco de abono que Quintino le había puesto en la palma de la mano; miró varias veces alrede-

dor y se lo metió de golpe en la nariz, aspirando profundamente, para después chuparse la mano con unos cuantos lametazos furtivos. Quintino no tuvo tiempo siquiera de aconsejarle prudencia, porque era obvio que un fertilizante no podía ser demasiado bueno para la salud sobre todo en cantidades excesivas. Inmediatamente después tuvo que someterse a una ráfaga de preguntas incomprensibles y curiosas, pero consiguió evitar tener que dar explicaciones sobre dónde y cómo lo había conseguido. Para entonces ya era evidente que Julián conocía bien el abono de Álvaro Cristóbal, aunque no hubiera puesto nunca un pie en San Isidro. En cualquier caso, Quintino no pronunció siquiera el nombre del viejo, ni a Julián se le escapó el nombre con el que él lo conocía, aunque Quintino notó que cuando hablaba de él lo hacía en femenino. El encuentro se resolvió de un modo imprevisto. Julián, en cuanto descubrió que Quintino tenía un pañuelo lleno, le dio a cambio un puñado de pesos que, a ojo de buen cubero, equivalían por lo menos a cincuenta jornadas de trabajo.

Aquella noche Quintino volvió a encontrarse con Antonia cerca de la fuente y, además de rozarle la mano, le anunció que gracias al incremento de sus ahorros, se casaría con ella antes de que acabara el año.

5

El traslado de los sacos desde la avioneta a la casa de Álvaro Cristóbal no llevó más que dos semanas puesto que, tras los primeros viajes, los dos aprendieron a reconocer el recorrido con tanta facilidad que en algunas noches conseguían

hacerlo tres veces seguidas. Al final acumularon veintinueve sacos, ya que más de una docena se había echado a perder irremediablemente a causa de la humedad. Mientras tanto, la familia del tlacuache había aumentado considerablemente en número y cada vez hacía menos caso a aquellas intrusiones esporádicas. Por otra parte, Quintino había adoptado la costumbre de llevarles tortillas y alguna papaya de vez en cuando, entre otras cosas para disculparse ante los espíritus de la selva por todo aquel trasiego y agradecerles, al mismo tiempo, el haber mantenido alejados a los chanecos. Así, una vez completado el traslado de los sacos, el cabeza de familia de los tlacuaches se encontró en una situación desagradable, al haberse acostumbrado a encontrar la comida a la puerta de casa, sin tener que emprender largas y fatigosas expediciones nocturnas. La única ventaja que supuso la desaparición total de los sacos fue la calma y el ritmo lento que imperaron de nuevo en la vida familiar, desde que no se veían obligados a morder todo aquel plástico para ver qué había dentro.

Álvaro Cristóbal obligó a Quintino a realizar un esfuerzo suplementario para esconder los veintinueve sacos en la bodega que se abría bajo el suelo de la cabaña. El viejo había excavado aquella fosa veinte años atrás, cuando necesitaba mantener frescos los mangos recolectados, a la espera de que su esposa los vendiera en el mercado de Cerro Mojarra. No había levantado los tablones del suelo al menos en dos lustros, puesto que tras la fuga de su tercera mujer y de sus hijos había vendido los cinco árboles de mango a Pascual Sandía. Quintino se quedó con un buen montón de abono, equivalente a una docena de libras. Si-

guió vendiéndolo usando el pañuelo como medida y en poco tiempo se interesaron numerosos amigos de Julián, quienes curiosamente acudían al rancho cada vez en mayor número. Acumuló una pequeña fortuna, hasta que el negocio se vio interrumpido de pronto por un colapso de Julián, debido —según su padre— al exceso de horas frente a los libros desde que el hijo había decidido estudiar agronomía. Julián volvió de la clínica de Puebla pocos días después, pero adoptó un comportamiento inexplicable: evitaba totalmente cualquier contacto con Quintino, que no perdió el tiempo en preguntarse el motivo y que siguió trabajando como siempre, o incluso con mayor entusiasmo, reconfortado al pensar en los ahorros guardados tras un ladrillo de la chimenea y seguro de poder casarse con Antonia en unos meses. Pero unos días después tuvo lugar un suceso inesperado. Aparecieron en San Isidro tres hombres —por su aspecto, indudablemente procedentes de la ciudad— que se presentaron como agentes del gobierno encargados de efectuar un «censo» del que no dieron más detalles. Josefa Matamoros fue la primera que se los encontró y que les pidió explicaciones y, cuando pidió que aclararan a cuál de los tres gobiernos de los estados de la zona representaban, los tres respondieron «al gobierno y punto», ante lo cual Josefa se tranquilizó porque, con aquella arrogancia y mala educación sólo podían ser representantes del gobierno, no delincuentes comunes. Lo único especialmente raro era que uno de los tres llevaba un brazo enyesado y un vistoso chichón en la frente, pero Josefa Matamoros, que años atrás había viajado mucho y había llegado hasta Veracruz, sabía que los del gobierno eran tan codiciosos que eran capaces

de salir en busca de *mordidas* hasta con la cabeza y el brazo rotos.

Los tres tipos empezaron a llamar sistemáticamente a las puertas de las casas, anunciándose como encargados de censar habitantes, animales, propiedades muebles e inmuebles, árboles, bicicletas, sacos de maíz y de habichuelas, cestas de cebollas... o sea, todo, hasta el punto de que llegaban a fisgar dentro de los armarios y bajo los colchones. Y eran tan meticulosos en la ejecución de sus «censos» que para poner patas arriba las primeras cuatro casas tardaron más de una hora, a pesar de que eran viviendas nada espaciaosas. Así, cuando se presentaron ante la puerta de la quinta casa, la barraca del Consejo, encontraron a don Cayetano Altamirano con las botas puestas, el cinturón, la bandolera, el sombrero charro y en el pecho la banda tricolor, en cuyo centro destacaban el águila con la serpiente y el nopal. A su lado, Justino Portillo y Pepe Góngora, con el traje de los domingos y la escopeta apuntando al suelo, en la posición de descanso clásica de la guardia presidencial. Los tres permanecieron inmóviles hasta que don Cayetano se presentó como el alcalde y a sus dos paisanos con los cargos de «Director de las instalaciones de luz» y «Entrenador del San Isidro Fútbol», respectivamente. Después, a un gesto suyo, Justino Portillo le colocó sobre los brazos al tipo del centro el voluminoso registro de las partidas adeudadas por el gobierno estatal a San Isidro. Los tres hombres seguían intercambiándose miradas de interrogación. Entonces don Cayetano declaró:

—Si están elaborando un censo, quiere decir que por fin han nombrado un gobernador dispuesto a recono-

cer a San Isidro. Llévelle este registro a Su Excelencia y díganle que puede iniciar de inmediato las obras de asfaltado de la carretera.

El tipo con el brazo enyesado murmuró algo al del centro, que parecía dirigir el terceto y que lo fulminó con una mirada de reproche, respondiendo únicamente:

— En todo caso, luego.

Y de pronto mostró una gran sonrisa y esbozó una reverencia a don Cayetano, asegurándole al mismo tiempo que se encargaría personalmente de presentar el registro a Su Excelencia Ilustrísima el Señor Gobernador, y que en breve — de eso no cabía la más mínima duda — empezarán las obras de asfaltado. Don Cayetano se mesó un bigote y suspiró. Su expresión, normalmente ceñuda y austera, había adoptado un matiz de profundo desprecio. En aquellos momentos sentía la más amarga añoranza por aquellos años del pasado, cuando se podía fusilar a un burócrata sin necesidad de anotarlo en un registro. Aquel tipejo repeinado y con una cortesía más falsa que un tequila japonés añadió que debían ejecutar el censo con la máxima celeridad, porque no podrían hablar con el gobernador hasta su conclusión. Pepe Góngora intervino justo cuando los tres se disponían a dar media vuelta, preguntándoles si el gobernador en cuestión era el de Puebla, Oaxaca o Veracruz. A don Cayetano no le hizo gracia que reconocieran de aquel modo tan ingenuo su ignorancia, y habría preferido descubrirlo sin ponerse en evidencia. Pero le sorprendió aún más la reacción de los tres hombres, que parecían consultarse con la mirada antes de encontrar la respuesta. Fue el más pequeño el que puso fin a la embarazosa situación, declarando de pronto:

—Veracruz, naturalmente.

Dicho aquello, se quedó como a la espera de comprobar si había respondido bien, circunstancia que acrecentó la desconfianza de don Cayetano, que no movió ni una arruga para no darle al tipo ni la más mínima ayuda. Y aquél, para evitar su mirada, echó una mirada alrededor, constatando que allí dentro había bien pocas cosas que censar. Después, con un gesto seco, dio orden de reemprender la actividad: salieron de prisa, como si dispusieran de poco tiempo. También aquello era singular en unos funcionarios del gobierno.

Don Cayetano, seguido por su guardia de honor, salió a la calle y los vio caminar a grandes pasos hacia la casa siguiente, discutiendo animadamente en voz bajísima. En aquel momento tuvo lugar otro acontecimiento de difícil interpretación: precedida de un ruido de piezas mecánicas agonizantes y de una nube de polvo, irrumpió en escena una camioneta guiada por un tipo que, tras dar alcance a los otros tres, les hizo gesto de que subieran con unas muecas exageradas. Y se fue inmediatamente, sin esperar siquiera que se cerrara del todo la puerta. El que subió a la parte trasera cayó patas arriba y no salió despedido de puro milagro.

Pepe Góngora se puso a frotarse las mejillas, Justino Portillo a rascarse el pelo de la nuca y don Cayetano levantó la ceja izquierda considerablemente, con la mirada fija en la nube de polvo que se alejaba hacia la sierra.

No tuvieron tiempo de intercambiar pareceres, porque en el momento en que Pepe Góngora se decidió a abrir la boca apareció un Jeep siguiendo la misma dirección que

la camioneta. Dentro iban cuatro hombres, sin uniforme pero con fusiles nuevísimos e idénticos, de un tipo que don Cayetano no recordaba haber visto nunca. El que parecía estar al mando, un tipo gordo y sudado que hizo un evidente esfuerzo para bajar y soltó diversas imprecaciones y algunos escupitajos, se dirigió a ellos y se los quedó mirando unos segundos, escrutándolos. Dos detalles parecían interesarle en particular: la vestimenta de don Cayetano y las escopetas que llevaban Pepe Góngora y Justino Portillo. Después se esforzó en poner un tono de voz casi amable y preguntó si habían visto la camioneta que efectivamente acababan de ver. Los tres permanecieron impasibles. Entonces se oyó el ruido simultáneo de los percutores de los fusiles que llevaban los del Jeep, a lo que don Cayetano reaccionó reconociendo que, en calidad de alcalde de San Isidro, había recibido la visita de tres funcionarios del gobernador de Veracruz encargados del censo y que habían tenido que marcharse por causas no especificadas. El gordito abrió la boca como si estuviera a punto de echarse a reír, pero enseguida rectificó y se quedó de lo más serio. Declaró que era el federal de Acatlán, estado de Oaxaca, y que aquella zona desde luego entraba en su jurisdicción, de lo que se deducía que San Isidro no podía pertenecer a Veracruz. Pero de aquello sólo tomó nota mentalmente don Cayetano, porque el federal empezó a hacer preguntas incomprensibles sobre los de la camioneta, lo que hacía evidente que, más que cualquier otro particular, le interesaba saber si habían cargado unos sacos en el camión o no. Don Cayetano pudo desmentir de la manera más absoluta que la camioneta llevara carga alguna, extremo que con-

firmaron inmediatamente Justino Portillo y Pepe Góngora. No sólo eso, sino que este último se lanzó en una detallada descripción de los tres, precisando que se la enviaría por escrito al gobernador de Veracruz si las obras de asfaltado no empezaban en menos de un mes.

Un minuto más tarde, el Jeep desaparecía por el mismo camino que había seguido la camioneta. Don Cayetano se dirigió a su casa, dándole vueltas a una palabra pronunciada por el federal. A pesar del paso de los años conservaba un oído finísimo y estaba seguro de no haberlo entendido mal cuando el gordito, al oír hablar del brazo enyesado descrito por Pepe Góngora, había murmurado a los suyos la palabra «piloto». Tenía el presentimiento de que a San Isidro le habría convenido más quedarse sin carretera asfaltada por muchos años.

6

El tercer suceso de aquella jornada tan fuera de lo común tuvo lugar al anochecer, cuando un gran coche negro con cinco hombres en su interior atravesó lentamente San Isidro para detenerse frente a la taberna de Chepe Chamaco. Bajaron dos, y entraron para preguntarle si vivía allí un tal Quintino Pólvora. Chepe Chamaco, que en su juventud había trabajado de camarero en una gran taberna de Loma Bonita, respondió que aquel nombre no lo había oído en su vida, por lo que no podía pertenecer a un habitante de San Isidro. Entonces los dos le mostraron unas placas de metal, le dijeron que eran judiciales y que Quintino Pólvora no tenía absolutamente nada que temer de la justicia, ya que

le buscaban para comunicarle la oferta de un gran equipo de la ciudad que les habían comunicado a ellos para que comprobaran dónde vivía y le avisaran. Chepe Chamaco se convenció entonces de que es buena costumbre no conocer a nadie y no ver nunca nada de lo que sucede alrededor, por lo que repitió que en San Isidro no vivía ningún Quintino Pólvora. Pero intervino Pascual Sandía, que se estaba acabando su sexto mezcal en la barra y que, como todos sus paisanos, se había enterado del singular tráfico registrado aquel día; así pues, se limitó a decir:

—Si buscan a los de la camioneta sin los sacos y a los federales del Jeep que buscaban la camioneta pero con los sacos..., bueno, se han ido todos hacia la sierra.

Y señaló la dirección alzando el vaso.

No quedó claro si lo que les sorprendió más fue la palabra «sacos» o «federales», pero se subieron al coche y salieron a todo gas en la misma dirección.

Don Cayetano, sentado en la mecedora de su porche, observó que esta vez la matrícula del coche era de Puebla. Dedujo que San Isidro estaba aún bien lejos de conocer a cuál de los tres estados debía elevar sus peticiones.

Mientras tanto, Quintino sudaba la gota gorda para culminar la última cuesta en su bicicleta. Le faltaban unos cientos de metros para llegar a casa y llegaba tarde por culpa de un pinchazo que le había obligado a cambiar la cámara del neumático a medio camino. Precisamente cuando estaba en aquel trance, con la bicicleta apoyada en un árbol cercano, había pasado el coche negro con los cinco a bordo. No se habían fijado en él, debido a que el lugar estaba cubierto de matorrales y gigantescos ahuehuetes, y

a que él se había colocado entre dos enormes raíces para realizar la tarea sentado. Pero estaba a pocos metros de la carretera, por lo que pudo reconocer entre aquellos cinco a uno de los amigos de Julián, un tipo que le había llamado la atención por su insistencia en querer enterarse del lugar de origen del abono. Le había comprado una cantidad discreta, pero debido a sus continuas preguntas Quintino había decidido decirle que el abono se había acabado y que tendría que considerar cerrado el negocio para siempre. De hecho el jovencito, al que los otros llamaban Catalino, no había desistido en absoluto de su empeño por arrancarle alguna información a Quintino y un día llegó a sacudirlo por el cuello en un arranque de agresividad descontrolada, hasta el punto que dos braceros que asistían a la escena habían tenido que dejar la limpieza de las mazorcas para intervenir, dándole a Catalino un par de mamporros con las herramientas en el cráneo. No le quedó ni un rasguño, pero cuando recobró el conocimiento Catalino se alejó clamando venganza. Los braceros consolaron a Quintino prometiéndole que, si aquel tipo intentaba llevar a efecto sus amenazas, lo decapitarían y lo echarían como pasto a los cerdos de la inmensa pocilga del rancho, comentario que Quintino pasó por alto enseguida para no calentar los ánimos inútilmente. Posteriormente también Julián le aseguró que Catalino no pondría más los pies en el rancho, aunque le rogó que no contara a su padre lo sucedido.

Y ahora aquel Catalino reaparecía en escena con cuatro tipos de caras largas, por una carretera que no llevaba a otro sitio que no fuera San Isidro. Quintino, aquella tarde, pasó sólo una vez por delante de la casa de Antonia,

y la saludó sin bajar siquiera de la bicicleta. En cambio sí que tuvo que apearse cuando se encontró frente a don Cayetano, que tenía los brazos cruzados y lo miraba fijamente. No hacía falta que le hiciera ningún gesto: estaba claro que tenía algo que decirle.

El alcalde le puso una mano sobre el hombro y lo condujo a un lugar apartado para evitar la atención que despertaría un coloquio en medio de la calle.

Tras un profundo suspiro, el consiguiente ataque de tos y una complicada imprecación contra el demonio y lo impredecible del tiempo, don Cayetano volvió a clavarle aquellos ojos enrojecidos por el tabaco, el mezcal y el viento seco de la Sierra. Quintino sostuvo la mirada, esperando. Unos minutos después, don Cayetano se convenció de que el muchacho tenía la conciencia tranquila, de modo que le preguntó abiertamente quiénes eran los tipos del coche negro y qué querían de él.

El joven reflexionó un instante: no quería traicionar el pacto hecho con Álvaro Cristóbal, pero tampoco quería mentirle a su alcalde. Así que, con la frente alta y las manos fuera de los bolsillos, le contó a don Cayetano que en el coche negro había un tipo al que un día le había dado un poco del fertilizante usado en el campo de La Pizpireta. El tipo insistía en que le diera más, pero él no tenía, de modo que le había amenazado y quizás ahora hubiera venido para llevar a término su insano propósito. El viejo replicó que los socios del Catalino se habían identificado como judiciales, a lo que Quintino no encontró explicación. Discutieron sobre la posible implicación del campeonato de fútbol, a lo que Quintino, evitando mentir abiertamente, dejó creer a

don Cayetano que en efecto el fútbol, de un modo u otro, siempre tenía algo que ver. El alcalde meditó un buen rato. Luego, a quemarropa, le preguntó:

—¿Qué pintaría un piloto en todo este asunto?

El joven se quedó de pronto descolocado. Así que el alcalde sabía lo del avión...

Don Cayetano, que observó la reacción de Quintino, decidió no seguir ensañándose y le contó también lo de los tres individuos, uno de ellos con el brazo en cabestrillo, y lo de los federales que habían definido a este último como «el piloto». El joven comprendió que no tenía elección: tenía que romper el juramento. Y le contó lo del avión caído en la selva, omitiendo la participación de Álvaro Cristóbal y la posesión de los veintinueve sacos, haciéndole creer que había sido él quien había encontrado los restos del siniestro mientras paseaba. Don Cayetano, que por su parte sabía de las intenciones de Quintino con respecto a Antonia, no preguntó más, al imaginar que el joven se referiría a un «paseo» por el bosque con su inminente prometida. Aunque se prometió a sí mismo que volvería a tratar más adelante aquel otro tema, respondió que probablemente el abono de Álvaro Cristóbal procedía de allí precisamente, y que estaba claro que toda aquella gente quería recuperar algo que, dadas las circunstancias, no podía ser más que un nuevo hallazgo de características extraordinarias: quizás un fertilizante capaz de duplicar las cosechas, algo que justificara semejante trasiego de personajes de tres estados diferentes. Y concluyó:

—No importa quién sea el legítimo propietario del abono. El destino lo ha hecho caer en un terreno bajo la

jurisdicción de San Isidro por lo que, si quieren recuperarlo, primero deberían pedirme permiso a mí. No sólo no lo han pedido, sino que encima han usado la marrullería y las mentiras para ocultárnoslo. ¡Que se los lleve el diablo a todos, malditos sean ellos y las madres que seguramente nunca han tenido!

Quintino se limitó a asentir con un ceremonioso movimiento de cabeza. No se atrevió a añadir nada más, entre otras cosas porque conocía bien la dinámica de las rabietas in crescendo de don Cayetano, por lo que no quería arriesgarse lo más mínimo a convertirse en el blanco de sus iras.

El viejo, tras lanzar sendas invectivas contra los gobernadores de los tres estados, sus respectivos cuerpos de policía y aparatos burocráticos y un hipotético ministro de agricultura que en sesenta años no había mandado ni siquiera un saco de semillas y mucho menos abono, se aclaró la voz y se encendió un puro de los que fabricaba su mujer con las hojas de tabaco cultivadas por la comunidad, a las que añadía hierbas aromáticas seleccionadas siguiendo su incuestionable albedrío. Una vez aplacado el correspondiente ataque de tos, don Cayetano se prometió realizar una inspección al cabo de unos días, cuando se despejara el tráfico por la sierra. Y declaró que en la próxima reunión del Consejo haría que se aprobara la aplicación de un impuesto de paso por el territorio de San Isidro para vehículos y personas, así como para objetos volantes. Después, fingiendo interés por la constelación de la Osa Mayor, preguntó con tono de indiferencia qué proyectos de futuro tenía con respecto a la hija de Pepe Góngora.

Antes de responder, Quintino acabó por hacer un pequeño foso a fuerza de frotar la punta del pie contra el

suelo, tragó saliva, se alisó el cabello pasándose las sudorosas palmas de las manos, se llenó los pulmones con la brisa fresca que les llegaba del pico del Trastornado, y declaró:

—Pediré la mano de Antonia el lunes, y si Pepe Góngora nos da su bendición, nos casaremos cuando acabe el campeonato.

El viejo no apartó la mirada del Gran Carro, pero pensó que aquel joven mostraba sentido común al esperar al lunes posterior al importante partido con el rancho La Yerbabuena, que en aquel momento estaba a la cabeza de la clasificación. Aquello quería decir que Quintino haría lo posible y lo imposible para ganar y poder presentarse en circunstancias favorables ante Pepe Góngora, padre de Antonia pero, sobre todo, entrenador suyo.

Quintino volvió a tomar aliento y añadió:

—Antonia y yo... queríamos que usted, don Cayetano, fuera testigo en nuestra boda.

En efecto, don Cayetano esperaba aquella petición desde el día en que doña Josefa había hablado con su mujer sobre Quintino y Antonia e inmediatamente después ésta había hablado con él. No obstante, sintió un extraño prurito en la garganta, que contrarrestó con dos caladas de puro tan densas y vigorosas que habrían asfixiado a un cebú. Luego rezongó levemente, lo que demostraba su plena satisfacción por la propuesta de Quintino. Pero unos instantes después no pudo evitar que se le escapara:

—¡Vaya por Dios..., me tocará hablar con el padre Pedro!

Y la mera idea de ir a buscar al padre Pedro hizo que le entrara un sueño pesadísimo, hasta el punto que

se despidió de Quintino haciendo un mínimo gesto con la mano y se dirigió a su casa tambaleándose, a pasos largos e inciertos.

Aquella noche, a los habitantes de San Isidro les despertaron una serie de disparos aparentemente procedentes de la base del pico del Trastornado. Al principio fueron disparos aislados, después intensas descargas alternadas con detonaciones más lejanas y algunas ráfagas, unas cortas y repetidas y otras largas y con pausas de silencio, en un par de ocasiones interrumpidas por detonaciones sordas. Don Cayetano no se movió de la cama, pero pasó más de media hora intentando descifrar los respectivos orígenes, diferenciando entre pistolas, carabinas, ametralladoras y el par de granadas de mano, estas últimas decididamente inconfundibles. Se volvió a dormir pensando en dos cosas que compartían la misma imagen: los fusiles de la División del Norte disparando al aire al tiempo que entraban en Ciudad de México, y los fusiles del Comité Ciudadano que reuniría al día siguiente con la máxima urgencia.

7

Justino Portillo asumió el papel de canal emisor. Pasando de casa en casa, avisó a los diez miembros del comité ciudadano pronunciando la contraseña secreta: «La vida no vale nada, chinga su madre quien se quede en la almohada», que, según lo acordado, significaba la convocatoria inmediata en la sala del Consejo por gravísimos motivos de orden público. El alba daba aún una claridad incierta cuando don Cayetano Altamirano se quedó mirando uno

por uno a los once hombres plantados frente a él en perfecta formación.

Pascual Sandía y Chepe Chamaco lucían sus carabinas de carga anterior que, en cualquier evento importante, garantizaban la carne de caza para el asador; Mariano Zumárraga había acudido con su fusil de aire comprimido, dotado de bayoneta para la ocasión, lo que quería decir que había fijado con alambre un gran cuchillo de cocina a la caña; Pepe Góngora y Justino Portillo, como ya sabemos, poseían escopetas que habían cargado especialmente con cartuchos de piedras y clavos oxidados, mientras que Fulgencio Murillo llevaba colgado en bandolera el arco heredado de su abuelo, legendario indio chichimeca muerto a consecuencia de sus excesos amorosos a una edad indefinida, pero en cualquier caso con numerosos biznietos. Para aumentar su potencial ofensiva, con buen criterio, Fulgencio Murillo había mojado la punta de las flechas en las aguas negras del colector. Todos los demás empuñaban machetes y llevaban los bolsillos llenos de piedras, en su mayoría de sílex afilado.

Don Cayetano les informó de la situación con un breve resumen de los acontecimientos, anunciando que muy probablemente dentro de poco tendrían que defender la paz y la tranquilidad de San Isidro, amenazada por forasteros malintencionados a los que calificó de «oscuras fuerzas de la contrarreforma agraria».

No hubo ninguna objeción y se apostaron siguiendo el plan acordado mucho tiempo atrás cuando, seis años antes, un furgón de *hippies* canadienses se había instalado en las proximidades del pueblo. Entonces, afortunadamente,

no hubo necesidad de pasar a la «fase dos», porque aquellos tipos habían llegado hasta allí en busca de setas y, una vez aclarado aquello, doña Astolfina se había encargado de venderles un cesto lleno. El incidente concluyó con una fiesta que quedaría grabada en la memoria de todos los sanisidrenses.

Esta vez, no obstante, don Cayetano tenía serias dudas de que fueran a celebrar nada con la gente de la camioneta, del Jeep o del coche negro.

Faltaban pocos minutos para las diez de la mañana cuando apareció por el camino el primer superviviente.

Avanzaba a pie, haciendo un esfuerzo por poner un pie delante del otro, con la cara al sol y la boca torcida en una mueca alelada. Al pasar frente a la barraca del Consejo, don Cayetano lo identificó como «el piloto», aunque ahora el brazo le colgaba liberado del yeso, que probablemente se habría roto en pedazos por algún golpe. Le faltaba un zapato, tenía la camisa manchada de barro por delante y rota por la espalda, había perdido una pernera del pantalón y la otra colgaba hecha jirones. Don Cayetano pensó que probablemente aquel desgraciado habría tenido la mala suerte de encontrarse bastante cerca de una de las dos granadas de mano que habían estallado la noche anterior. El hombre atravesó todo el pueblo con aspecto de no darse la más mínima cuenta de donde se encontraba. Canturreaba una tonadilla entre dientes, que le salía algo sibilante debido a que le faltaba buena parte de los dientes superiores.

Desapareció tras la curva de la carretera de tierra y, en el silencio absoluto de San Isidro, se oyó claramente un ruido sordo como el de un cuerpo caído de bruces en el

fango. Don Cayetano hizo una señal a Pepe Góngora para que esperara. Podían ir a ver aquello más tarde; mejor no exponerse de momento.

A mediodía, con un sol que quemaba hasta las alas de las moscas, llegó un segundo individuo. Esta vez vino precedido de un ruido de herrumbre y neumáticos deshinchados, que resultó corresponder al Jeep con tres ruedas pinchadas y el federal al volante, agarrado como un timonel en medio de una tormenta.

El gordito frenó en el centro del descampado, echó una mirada de desconfianza hacia las casas y esputó un grumo de sangre con expresión de profundo desprecio. Bajó haciendo gala de una energía improbable, avivada en vano con una dosis de polvo blanco que sacó del bolsillo del pantalón y se echó a la nariz. Don Cayetano pensó en el abono del que le había hablado Quintino y del que, aunque él no lo supiera, no quedaba ningún saco en el avión, pero sí montoncitos dispersos por el suelo. Don Cayetano llegó a la conclusión de que, para echarse abono en la cara y respirar después como si acabara de hacer vahos contra el resfriado, aquel hombre debía de haber perdido el juicio definitivamente.

Pero lo que no había perdido era la pistola, que sobresalía de la funda abierta. El federal avanzó hacia la barraca gritando algo del tipo «rebaño de paletos muertos de hambre hijos de una marrana apestosa», y fueron aquellas sus últimas palabras en la vida terrena, porque justo después cometió la imprudencia de poner la mano sobre la gran Gabilondo 45 automática cromada y con cachas de nácar. En el espacio de un segundo y medio, su masa

corporal, ya de por sí excesiva, aumentó por lo menos un kilo entre perdigones, clavos, pernos, piedras varias y una flecha, esta última en la espalda; todo lo demás, entre la panza y la cara.

Los que sólo contaban con un machete se dispusieron enseguida a contribuir a la causa, pero don Cayetano los detuvo y les ordenó que lo enterraran enseguida por el calor y para borrar cualquier rastro en previsión de complicaciones futuras. Declaró asimismo que el Jeep quedaba requisado y encargó a Paquito Delgado la venta del motor, y añadió que con el producto de la venta comprarían una mula destinada al transporte público, mientras que la carrocería del vehículo sería un óptimo refugio para los pavos tras el desove, con lo que se evitarían los frecuentes ataques de cernícalos y ratoneros.

La tarde trascurrió sin acontecimientos de relieve, aparte del izado en el pararrayos de la bandera de San Isidro, que presentaba el verde, blanco y rojo de la república, las bandas horizontales amarilla y violeta elegidas como colores del pueblo, un cuadrado negro al que se le daban diversas interpretaciones pero que en realidad tenía la finalidad de tapar una quemadura de la plancha al carbón, así como la imagen del santo patrón con coraza, arcabuz, sable, cruz a la espalda y corazón sangrante, según una libre interpretación de doña Narcisa Colima, experta en sastretería, bordados y extracción de callos.

Todo San Isidro participaba con gran euforia en los sucesos de aquella jornada histórica. Don Cayetano había tenido que hacer esfuerzos para quitarse de encima a los voluntarios, al estar convencido de que las labores de de-

fensa debían confiarse únicamente a los miembros del comité ciudadano para evitar malas interpretaciones de las órdenes o iniciativas faltas de coordinación. En cualquier caso, ratificó el estado de alarma general, que en la práctica suponía la asistencia activa a los combatientes con comidas calientes y bebidas, así como la exención de los trabajos pesados durante toda la semana. Pascual Sandía, enviado a trepar al árbol más alto de los alrededores, observó una «intensa actividad voladora de zopilotes y cuervos sobre la vertical de la zona a los pies del pico», señal inequívoca de la presencia de cadáveres. Correspondía más o menos a la ubicación del avión caído, según las sumarias indicaciones de Quintino, y don Cayetano pensó que tendría que declarar aquella parte de la sierra «prohibida debido a la presencia de vibraciones malignas derivadas en malos augurios y execrables episodios sangrientos», ordenanza ya dictada en el pasado contra una llanura algo apartada del pueblo en la que había estacionado un autobús adaptado como burdel ambulante donde, a la tercera noche de su llegada, se había desencadenado una furibunda reyerta con muertos, heridos y un desaparecido nunca encontrado. Habían pasado once años de aquellos sucesos, pero ningún habitante de San Isidro se atrevía aún a acercarse al lugar prohibido, que por otra parte había ido acumulando espeluznantes leyendas, como la de los pequeños cactus en forma de preservativo que provocaban gangrena en el pie al más mínimo pinchazo.

Hacia el anochecer ocurrió lo que todos esperaban desde horas atrás en su fuero interno: una flecha surcó el cielo, bien visible gracias al calcetín acrílico blanco y rojo

que llevaba atado en un extremo. La había lanzado Fulgencio Murillo, apostado de vigía en lo alto de una roca sobre el sendero. Unos minutos más tarde aparecieron dos figuras: la de un joven completamente desnudo y, detrás de él, un hombre bajo y corpulento que cada tres pasos daba un saltito para atizarle una patada en el trasero.

Don Cayetano hizo gesto de no disparar ni rebanarlos a machetazos, porque primero quería interrogarlos. Resultaba que el joven desnudo era Catalino, y que el que le torturaba las nalgas no era otro que el cabecilla del terceto del piloto.

Cuando los dos personajes se vieron rodeados de los hombres armados del comité ciudadano, se quedaron paralizados por un momento. Miraban a su alrededor como si no dieran crédito a lo que veían, hasta que el pequeño se puso de nuevo a dar patadas como loco y con ambos pies, en una especie de danza catártica, acusando al otro de todos los problemas y las desventuras sufridas. Por lo poco que se entendía de las imprecaciones y las frases inconexas, parecía que responsabilizaba a Catalino de haber divulgado algo, lo que había atraído a los federales e incluso a los judiciales. Don Cayetano dejó pasar unos minutos antes de intervenir, al juzgar que Catalino estaba recibiendo una buena dosis de lo que a buen seguro se merecía. Pero el tipo de los pies incontrolables lo mandó al infierno sin interrumpir su ataque devastador sobre el trasero de aquel infeliz. Entonces Chepe Chamaco se vio obligado a intervenir, haciéndolo entrar en razón con un doble guantazo a manos juntas, como quien da una palmadita para matar un mosquito. Sólo que las manos de Chepe

Chamaco tenían un tamaño apenas inferior al de una pala y un peso proporcional, por lo que a todos les dio la impresión de que la cara de aquel individuo quedaba algo más larga y estrecha que antes.

Don Cayetano mandó que lo llevaran a la sala del Consejo, y ordenó también que le buscaran unos calzoncillos a Catalino para poner fin a la inverecunda exhibición que ya estaba provocando comentarios entre los habitantes de San Isidro. Después procedió al interrogatorio: infructuoso en el caso de Catalino, que seguía lloriqueando sin lograr razonar, pero más provechoso en el caso del pequeño, que ante la visión de las manos de Chepe Chamaco abiertas de nuevo se apresuró a contar que se llamaba Eutiquio Estévez, vecino de Acaponeta, estado de Nayarit y profesional autónomo del *import-export*. Este último término no le agradó a Mariano Zumárraga, que le asestó un soplamocos y le conminó a que hablara en cristiano. Don Cayetano le preguntó por el avión del «abono», lo que le provocó una extraña reacción en Eutiquio Estévez, que parecía meditar sobre lo que acababa de decir el alcalde. En efecto, le acababa de venir a la mente — ofuscada, eso sí, por los recientes sopapos — la idea de aprovechar la aparente confusión de aquella gente sobre el abono para encontrar una vía de salida. Pero volvió a la realidad de la mano de Pepe Góngora, que le metió dos dedos en las narices casi levantándolo del suelo. Eutiquio Estévez se puso a chillar y a agitarse, Catalino a llorar aún más fuerte a pesar de los manotazos que le asestaba en la cabeza Pascual Sandía y, a su alrededor, los que no se prestaban a dar su opinión sobre cómo hacer que hablaran más rápido pedían silencio

a gritos, jaleaban a los detenidos o proponían que se les fusilara sin más. En pleno alboroto, se abrió de pronto la puerta, y fue como si una ventolera divina irrumpiera en la sala, interrumpiendo de golpe toda actividad.

A contraluz apareció la silueta del padre Pedro Iscazcoicea, sobre el fondo de un cielo iluminado por el sol del atardecer, con las manos en los costados y las piernas separadas. A todos les parecía más alto que nunca, pese a que ya de por sí medía metro noventa y tres, quizá debido a las botas camperas con tacón de ocho centímetros y suela curvada.

Es de rigor abrir un paréntesis para que se entienda la importancia de aquella aparición: El padre Pedro Iscazcoicea era un misionero vasco de unos sesenta años que, al regentar la parroquia de Cerro Mojarra desde hacía seis lustros por lo menos, era la única autoridad religiosa en una zona de una extensión indefinida, pero en cualquier caso excesiva. Sobre todo porque se veía obligado a recorrer como un loco los senderos de la sierra adelante y atrás para vigilar un rebaño de almas separadas entre sí por jornadas enteras de viaje, y no pronunciaba un discurso o un sermón que no incluyera alguna invectiva dirigida a «los curas de Roma» que, según decía, vivían concentrados a millares en un pedacito de terreno cumplidamente redimido, sin preocuparse lo más mínimo de enviarle un medio de locomoción. Aquello, entre otras cosas, lo había convertido en uno de los mejores jinetes de la región, hasta el punto de haber participado en más de una charreada como domador de potros salvajes. «De la necesidad, virtud», pensaba el padre Pedro, al menos hasta su quincuagésimo cumplea-

ños, que coincidió con el primer ataque de ciática y el consiguiente endurecimiento de su carácter, que ya de por sí no era precisamente dulce. *Bilbao*, el alazán de ocho años que por aquel entonces compartía con él sus peregrinajes por la sierra, ya se había acostumbrado a las explosiones de ira que de vez en cuando retumbaban por los valles, pero no del todo al quintal de carne y huesos que se le subía a la grupa cada mañana a primera hora.

Aunque las relaciones entre el padre Pedro y don Cayetano se basaban en un profundo respeto recíproco, de vez en cuando saltaban chispas por el roce, lo cual se traducían en unos gritos terribles y en promesas de maldición eterna. El motivo de la contienda siempre era el mismo: la construcción de una iglesia en San Isidro, propuesta apoyada por el alcalde en nombre de sus convecinos y a la que se oponía el padre Pedro, que no tenía ninguna intención de presentarse allí a cada fiesta oficial más bautizos, funerales y matrimonios. Presentarse en San Isidro una vez al mes lo consideraba ya un deber más que arduo, que con la ciática había adoptado ya connotaciones de martirio. Eso se traducían en una inconfesable aversión instintiva del padre Pedro hacia todo San Isidro, que desfogaba con penitencias decididamente feroces cada vez que se le ponía a tiro un sanisidrense pecador. Don Cayetano, hombre de fe pero a la vez representante del poder seglar, se vengaba imponiendo el cumplimiento al pie de la raya de la ley vigente en toda la república mexicana, según la cual los sacerdotes están obligados a presentarse en público con una vestimenta rigurosamente civil. El padre Pedro evitaba ofrecerle el mínimo pretexto, y por ello nada más entrar en San Isidro se arrancaba con

toda su rabia el alzacuellos y lo cambiaba por un pañuelo de ganadero, que por otra parte hacía juego con el sombrero, la chaqueta de cuero y las espuelas, pero se vengaba puntualmente infligiendo a don Cayetano sartas interminables de padrenuestros con las excusas más increíbles. Y sabía bien que el viejo alcalde no osaría nunca saltarse la penitencia, a pesar de haber llegado en algunos casos a dispararle ráfagas enteras a pocos centímetros de la punta de las botas. El padre Pedro, ya habituado a cosas como aquellas o peores, se limitaba a doblarle o triplicarle el número de oraciones, según el número de balas disparadas.

Así pues, sucedía que la llegada del temido fustigador vasco no estaba prevista en absoluto para aquel día, y la aparición que obstruía por completo la entrada de la gran barraca provocó en los presentes un escalofrío que les sacudía hasta los huesos.

El padre Pedro avanzó con estudiada lentitud, entre el retumbo de las botas y el tintineo de espuelas. Cuando llegó al centro de la sala, escupió hacia un lado la colilla del cigarro, se rascó la barba de una semana y luego se quedó mirando a todos, uno por uno, con su mirada penetrante, como rayos bíblicos que salían por debajo de unas cejas desgrednadas, más tupidas que dos matas de enebro. Por fin detectó a los dos tipos: hizo rechinar los dientes en una mueca de asco ante el que estaba en paños menores y resolpló con desprecio frente al pequeñajo. Entonces le llegó el turno a don Cayetano.

Soplándose la nariz, con las venas de la frente hinchadas como una gaita, atravesó los diez metros que lo separaban del alcalde con cuatro pasos que hicieron vibrar

los cristales de la ventana. Se plantó enfrente con el dedo índice levantado, emitiendo una energía que presagiaba inminentes castigos. Y le advirtió:

—¡Cayetano Altamirano: te doy una sola oportunidad por cada pregunta, y si te atreves a mentir, el Señor tendrá que recurrir a toda su infinita misericordia para escuchar sin distraerse los meses de rosarios ininterrumpidos que te arriesgas a que te caigan encima!

Don Cayetano se mantuvo impasible, prefiriendo que le lagrimaran los ojos antes de permitirse parpadear.

—Primero: ¿qué estáis tramando con todas estas armas de guerra encima, en vez de honrar el don divino de un nuevo día de gracia con palas y azadas en los campos, que la Divina Providencia os ha concedido de modo absolutamente arbitrario?

Don Cayetano abrió la boca, pero le salió un gallo que le obligó a aclararse la garganta, por lo que tragó saliva. Pero se le atragantó, lo que aumentó la ira contenida del padre Pedro, que seguía esperando explicaciones. Por fin consiguió explicarle que aquellos dos habían turbado la paz del pueblo con una batalla nocturna organizada sin duda con oscuros fines, y se encontraban allí reunidos para interrogarles. Añadió que los prisioneros probablemente eran culpables del pecado de homicidio, lo que suscitó un gesto de suficiencia por parte del sacerdote, como queriendo decir que cosas mucho más graves sucedían bajo el cielo de México. No obstante, parecía ser que el padre Pedro consideraba aceptable la primera respuesta.

—Segundo: ¿a quién pertenece el automóvil con tres ruedas pinchadas que acabo de ver detrás de la casa

de tu esposa, doña Luz Elena, y por qué está cubierto de ramas como si algún torpe hubiera intentado ocultarlo?

Don Cayetano buscó ayuda por un instante en la mirada de Pepe Góngora y Justino Portillo, pero el padre Pedro hizo temblar el suelo con un taconazo. Entonces el alcalde relató sumariamente lo ocurrido con el federal, subrayando la necesidad de la legítima defensa de la población ante un evidente abuso de poder. El padre Pedro alzó la vista al techo, meditando durante unos minutos sobre el tema. Y volviendo a fulminar a don Cayetano con el índice vibrante, advirtió:

—Quiero suponer que le habréis dado cristiana sepultura... ¿verdad?

Se hizo patente una profunda incomodidad entre los presentes, que tenían la mente puesta en el estercolero comunitario donde reposaban los restos mortales del federal. Manuelito Mirón, el más joven de los miembros del comité ciudadano, no pudo morderse la lengua:

—En cualquier caso, desde luego no se lo comerán los cuervos...

El padre Pedro se volvió con la parsimonia de una iguana al sol. Cuando localizó el origen de aquel soliloquio, alargó el brazo, como si le apuntara con un arma mortífera, y sentenció:

—Manuelito Mirón: mil avemarías, a empezar inmediatamente.

El pobre Manuelito, como todos sabían, apenas sabía contar hasta sesenta, cifra máxima de coliflores que se podían cultivar a la vez en su huerta, pero no osó replicar. El padre Pedro cayó en ello unos segundos más tarde, le

tomó las manos y le abrió los diez dedos, agitándoselos frente a las narices.

— Cuenta diez veces diez veces diez, y si te descuentas, aunque sólo sea de uno, que sea la Santa Virgen la que decida lo que te mereces.

Y envió a una esquina a Manuelito, decidido a pasarse por lo menos en diez avemarías, antes que arriesgarse a no cumplir la penitencia. Luego echó a la calle a Chepe Chamaco y Fulgencio Murillo diciéndoles:

— Me hicisteis bendecir dos acres de matorrales; ahora aprended a usar los terrenos consagrados, que sois unos bestias. Y ponedles una cruz nueva, que si os descubro robando la del vecino, os anticipo el día del Juicio Universal.

El padre Pedro volvió a plantarse frente a Don Cayetano.

— Tercero...

Se produjo una larga pausa que sumió a toda la sala, incluidos los detenidos, en la incertidumbre. El sacerdote apretó los dientes, respirado a través de los intersticios. Entonces señaló hacia la puerta y soltó un bramido que hizo que una gallina que pasaba por la plaza huyera revoloteando.

— ¡Quintino!

Primero apareció un mechón de cabellos negrísimos, seguido al cabo de un rato de la oreja y el ojo izquierdos de Quintino Pólvora. El padre Pedro flexionó un par de veces el índice, indicándole al muchacho que entrara, tirando de él como si estuviera atado a un hilo invisible. Cuando lo tuvo al lado, el sacerdote le puso la mano sobre

el hombro en un gesto protector pero que obligó a Quintino a doblar las rodillas para absorber el golpe.

—Tercero... —prosiguió el padre Pedro, dirigiéndose a don Cayetano—: ¿Por qué estás permitiendo que dos jóvenes temerosos de Dios se arriesguen a la condenación eterna, en vez de conducirlos al sacramento del matrimonio? ¿Para qué demonios me dejo la piel con vosotros cada santo día?

Don Cayetano se justificó alegando que precisamente esperaban su próxima visita a San Isidro para hablar del tema y, dado que aquello se ajustaba en buena parte a la verdad, Quintino lo confirmó. El padre Pedro no quiso opinar y les concedió el beneficio de la duda, aunque con una mueca escéptica. Con las manos tras la espalda, anduvo unos minutos arriba y abajo, echando miradas poco benévolas al desnudo Catalino y al sudadísimo Eutiquio. Después fue a apoyarse en la puerta y volvió a encender el puro. De espaldas a la concurrencia, levantó una mano e hizo un gesto. Don Cayetano resopló, obedeció y se acercó.

Los demás no podían oírles, en parte porque el padre Pedro esta vez había bajado su tono de voz, ya de por sí cavernoso, en dos octavas:

—La Divina Providencia ha decidido hacerme pasar por el rancho de Quintino con la excusa de dar la extremaunción al padre del herrador. Después he confesado a Quintino, porque algo me ha hecho sospechar que lo necesitaba mucho...

Y se echó el sombrero al cogote para fijar mejor la vista en don Cayetano que, al no conocer más que una mínima parte de lo que Quintino había confesado al sacerdo-

te, siguió mirándolo a la espera de entender algo. El padre Pedro alzó los ojos al cielo.

—Cayetano Altamirano, eres un viejo testarudo y obtuso como he conocido a pocos, pero hasta tú deberías comprender cuando ha llegado el momento de agarrar el toro por los cuernos.

El alcalde no comprendió absolutamente nada, pero adoptó una expresión cómplice, aunque sólo fuera por no poner mala cara a su párroco. Y éste se sintió autorizado a proseguir:

—Ahora los envías a todos a casa y deja que se vaya también por donde ha venido a esa especie de prostíbulo andante en calzoncillos. Eso sí: dale antes algo que le haga resultar menos indecente a la vista... Y con el tapón hablamos tú y yo, a solas.

Don Cayetano fingió reflexionar y después asintió bajando la cabeza de lado ligeramente, como si al fin y al cabo aquello le pareciera una buena solución.

A Catalino le echaron encima una especie de túnica que usaba Justino Portillo cuando alquitranaba los tejados o limpiaba la pocilga, pero no tuvieron tiempo de encontrarle siquiera sandalias, porque el joven salió corriendo y desapareció en el bosque emitiendo unos grititos histéricos. Los miembros del comité ciudadano se retiraron uno tras otro, sin comentarios y todos con la misma idea en la cabeza: la de celebrar aquella jornada épica en la taberna de Chepe Chamaco. A Quintino le tocó una sesión de meditación prematrimonial, en solitario y evitando pasar por delante de la ventana de Antonia. Manuelito Mirón, por su parte, vio condonada su penitencia cuando apenas había

llegado al quinto avemaría, es decir, al pulgar de la mano derecha, y obtuvo la absolución a condición de que se quitara de en medio enseguida.

Así pues, se quedaron a solas con Eutiquio Estévez.

El padre Pedro le soltó un extraño sermón que no dejaba entrever posibilidad de redención alguna, ya que daba absolutamente por sentada su condena al fuego eterno y a los tormentos más aterradores, pero que por otra parte le dejaba abierta la posibilidad de realizar una buena acción, algo que Eutiquio Estévez sabría perfectamente cómo hacer, y con lo que evitaría una mayor pérdida de tiempo a un ministro del Señor.

Don Cayetano seguía el discurso mientras se preguntaba cómo diantre lo harían los curas para conocer tan a fondo el alma humana sin haber visto antes a la persona portadora de la misma, puesto que quedaba claro que el tal Eutiquio comprendía perfectamente de lo que se le hablaba, mientras que él no entendía un pimiento. Don Cayetano llegó a la conclusión de que debía de ser precisamente aquél el motivo por el que, en este mundo, los curas cuentan más que los alcaldes.

Al final, el pequeñajo nayaritense emitió un silbido y sacudió la cabeza. Parecía estar valorando aquella especie de propuesta con la profesionalidad de un comerciante experto. Y concluyó:

—Si se me devolviera la mercancía que me pertenece, muchas almas de esta región obtendrían un beneficio muy concreto...

El padre Pedro lo dejó clavado en el banco con un torrente de amenazas bíblicas, definiendo su «mercancía»

como una fuente abominable de pecado y añadiendo a la lista, que ya de por sí le aseguraba un lugar en el infierno, el gravísimo e imperdonable cargo de simonía. Don Cayetano bajó la mirada en un gesto casi de compasión por el triste futuro ultraterreno que le esperaba a aquel desgraciado, imaginando que la simonía sería una forma agravada de sodomía.

No obstante, el padre Pedro concluyó dejando abierto un resquicio a la esperanza. Los pequeños de Cerro Mojarra necesitaban un parvulario, y en el hospital de Santa María Chilchotla faltaban muchas medicinas, y la comunidad de Tlacotepec precisaba un local más grande para los Alcohólicos Anónimos...

Después, lanzando una mirada furtiva al alcalde, añadió:

—También este rincón perdido de almas descarriadas podría volver al rebaño del Señor, si tuviera la posibilidad de construir una iglesia.

Don Cayetano se quedó rígido. La idea de tener al padre Pedro en San Isidro todos los domingos le provocaba una intensa quemazón en los intestinos. Pero no era menos cierto que, con una iglesia en el centro, San Isidro se convertiría en un pueblo como Dios manda. Y él, en un alcalde con todas las de la ley.

Aquella incomprensible negociación acabó de forma curiosa. Eutiquio Estévez se dio una palmada en el estómago, sonrió satisfecho y sentenció:

—Hágase la voluntad de Dios.

El padre Pedro le asestó un pescozón vigoroso que a punto estuvo de enviarlo de narices al suelo, y le advir-

tió del riesgo de usar el nombre del Señor alegremente. A continuación lo echó a la calle de un manotazo y le dirigió a don Cayetano un guiño tranquilizador, como indicándole que no se preocupara, que todo iba por buen camino.

Al salir, el padre Pedro le pasó el brazo por los hombros al alcalde y le dijo que, entre un caballo y un Jeep, la Divina Providencia sin duda habría escogido el segundo para aliviar los sufrimientos de su humilde servidor. Don Cayetano se limitó a lamentarse por el pinchazo de los tres neumáticos, pero el sacerdote argumentó que aquello no era problema, porque el camino de dos horas hasta la cabaña de Galindo Salmerón, veterinario y recauchutador, era prácticamente todo de bajada y casi sin baches.

Así pues, llegaron al patio trasero de la casa del alcalde y el padre Pedro inspeccionó cuidadosamente el Jeep, valorando los daños producidos por la descarga de balas. Se alegró al descubrir que la rueda de repuesto estaba intacta y que la caja de herramientas contenía todo lo necesario para efectuar el cambio, operación que le fue asignada inmediatamente a Eutiquio Estévez.

Llegados a aquel punto, no quedaba más que enfrentarse al último obstáculo. El padre Pedro suspiró profundamente, alzó la mirada al cielo y, con las manos juntas, murmuró:

—Convéncelo tú, oh Señor, porque si tengo que hacerlo yo solo, sabes muy bien cuáles son los límites de mi paciencia...

Dicho lo cual se dirigieron hacia la casa de Álvaro Cristóbal.

Entre alusiones, dobles sentidos e invitaciones más o menos veladas a volver a la gracia de Dios pasaron al menos tres cuartos de hora. Entonces el padre Pedro dirigió un silencioso ultimátum al Señor, diciéndole que era testigo del esfuerzo que había hecho con aquel viejo intratable y blasfemo y de que le había concedido incluso más posibilidades de redención de las que merecía. Eso, sin tener en cuenta la clarísima propuesta de resarcimiento: si Álvaro Cristóbal aceptaba «socializar» y compartir con la comunidad el abono caído del cielo, a los dos días recibiría todo el material necesario para construirse un corral nuevo, e incluso una dotación de cincuenta polluelos seleccionados. Nada que hacer: el viejo era como un disco rayado que no paraba de repetir la historia de que sólo poseía un saco y seguía lamentándose del desperdicio que suponía haberlo esparcido por el campo de fútbol.

El padre Pedro se resignó. Cogió la silla en la que aún estaba sentado Álvaro Cristóbal y la apartó, dejándola en una esquina. Sacó también la mesa y se agachó. La ciática volvió a dejarse sentir, comprometiendo la poca paciencia que le quedaba: los tablones del suelo salieron volando directamente por la puerta, dejando a la vista en unos minutos el escondrijo de los veintinueve sacos.

Álvaro Cristóbal contemplaba la escena temblando de indignación, no tanto por los estragos que estaba haciendo el cura en su suelo, sino por la evidente traición de Quintino. De poco le iba a servir que le recordaran que, cuando uno se confiesa, no puede evitar contárselo todo a

su confesor porque si no, ¿para qué se habría creado el sacramento de la confesión? A pesar de todo, el padre Pedro no quería que Álvaro Cristóbal malinterpretara la buena acción de Quintino, por lo que recurrió a una mentira, de las piadosas que usaba a menudo para aliviar la carga que suponían las verdades amargas a su rebaño, en el que por otra parte abundaban los mulos testarudos. Cuando aparecieron los primeros sacos, expresó su agradecimiento a san Benigno, diciendo en voz alta:

— ¡Justo como en el sueño de anoche!

Entonces adoptó un aire paterno y le pasó la mano por la cabeza canosa a Álvaro Cristóbal, explicándole que san Benigno le había visitado en sueños y le había manifestado una gran preocupación por un viejo que, tras recibir una señal del cielo, había caído en el error de considerarlo un regalo personal en vez de un instrumento para alcanzar unos fines más elevados. Y por la descripción de la casa y del hueco bajo el suelo, el padre Pedro había comprendido que se trataba de él. Álvaro Cristóbal, aun sin alterar el gesto de fastidio por la profanación de la que había sido víctima, preguntó con cierta aprensión si aquella aparición de san Benigno significaría en realidad su inminente desaparición. Y recalcó que, cuando un santo decide intervenir de ese modo, generalmente lo hace para que el sacerdote tenga tiempo de confesar al parroquiano afectado en previsión del último viaje. El padre Pedro estalló en una sonora carcajada y le dijo que su caso era exactamente el contrario: San Benigno quería hacerle volver al buen camino precisamente porque el camino que le quedaba por delante era largo y estaba lleno de trampas puestas por el demonio. Pero al permitir que aquellos sacos siguieran el destino

para el que habían ido a parar a San Isidro, Álvaro podía considerarse un elegido de la Divina Providencia.

Dos días más tarde, el padre Pedro volvió a aparecer por San Isidro al volante de su Jeep, que además de dos neumáticos nuevos presentaba un color de chapa diferente: la parte izquierda blanca y la derecha amarilla, tal como recordaba el sacerdote que debía ser la bandera vaticana. En realidad, el amarillo había quedado ligeramente encendido, casi de un naranja fósforo, y el blanco no tapaba de todo el verde oliva original; en cuanto al blasón sobre el capó, el rotulista encargado de su ejecución había malinterpretado el sentido de la palabra «llave» y lo que debía ser el símbolo de san Pedro se había convertido en dos llaves inglesas cruzadas, por lo que el Jeep parecía más un vehículo de asistencia en carretera que de salvación espiritual. No obstante, el padre Pedro estaba tan agradecido al cielo por no tener que volver a montar en la grupa de *Bilbao* que había perdonado al pintor sin obligarle a repetir el trabajo.

Eutiquio Estévez lo seguía en una grande y flamante camioneta nueva en la que cargó los veintinueve sacos. El padre Pedro ordenó que a nadie se le ocurriera siquiera ayudarle, ya que el último acto de tan nefanda empresa tenía que efectuarlo aquel pecador en solitario. El nayariense soportó el agotador esfuerzo de forma cuando menos prodigiosa: al trote cochinerero, cubrió la distancia de la casa a la camioneta veintinueve veces, sin pararse a tomar aliento. Partió entre una nube de polvo y desapareció para siempre de la vista de los sanisidrenses.

Al día siguiente llegaron dos grandes camiones llenos de material de construcción y un furgón con un equipo

de obreros: en una semana, en el centro de San Isidro se levantaba una espléndida iglesia prefabricada, con el tejado a dos aguas y el campanario en punta. Eutiquio Estévez se la había comprado a una empresa canadiense con la que tenía relaciones comerciales, pero a los habitantes de San Isidro aquel estilo alpino no les desagradó en absoluto, y no se preguntaron en ningún momento para qué servirían aquellas puntas corta-nieves intercaladas en las filas de tejas.

Dos meses más tarde, el padre Pedro unía en matrimonio en aquella misma iglesia a Quintino Pólvara y Antonia Góngora y, al final de la ceremonia, don Cayetano pronunció un largo discurso en el que exaltó las cualidades de los sanisidrenses y el temible potencial de su equipo de fútbol, que iba a la cabeza del campeonato; después aconsejó a los recién casados que vivieran en el temor de Dios, les deseó que el bienestar y la paz les acompañaran siempre y concluyó diciendo que, en cualquier caso, el destino domina todas las circunstancias de la vida, por lo que era del todo inútil preocuparse por una u otra cosa, que las cosas van como deben ir y basta. Todos aplaudieron, conmovidos.

Los festejos duraron tres días. Don Cayetano y el padre Pedro pillaron la cogorza más colosal de su existencia terrena, durante la cual al sacerdote se le olvidó el castellano y habló únicamente en vasco, hasta el punto que el alcalde se temió que estuviera poseído por el demonio.

Un tiempo después, el padre Pedro le consiguió a Quintino un puesto de trabajo en la cervecería Cuauhtémoc de Orizaba, la que produce la cerveza Sol, considerada

por Quintino la mejor de la república sin discusión. Así, él y Antonia emigraron de San Isidro y el «equipo de *fútbol*» tuvo que buscarse un nuevo matador. Mientras tanto, alguien había hecho asfaltar los veinte kilómetros de carretera a Cerro Mojarra, sin que por ello se resolviera la vieja polémica de la pertenencia a Oaxaca, Puebla o Veracruz. No obstante, gracias al anónimo benefactor, Quintino y Antonia podían volver a San Isidro por lo menos una vez al mes. Excepto el noveno, en el que nació su primera hija. Fue Quintino quien eligió el nombre, que Antonia acogió con entusiasmo. Menos convencido parecía el padre Pedro cuando llegó el momento del bautizo. Pero con el tiempo, también él convino en que Blancanieves era un bonito nombre para una niña.

Pino Cacucci

Nació en 1955 y vive a caballo entre Bolonia y América Latina. Entre su extensa bibliografía cabe destacar la biografía sobre Tina Modotti, *Tina* (Circe, 1992), y numerosas novelas ambientadas en México, todas ellas editadas en Italia por Feltrinelli.

Cacucci ha ejercido también la tarea de editor en los títulos *Io, Marcos. Il nuovo Zapata racconta. Latinoamericana*, de Ernesto Che Guevara y Alberto Granado, y de *Demasiado corazón* es publicada por Rocaeditorial en septiembre de 2006 en esta misma colección.

**Descarga todas nuestras publicaciones en
www.brigadaparalecerenlibertad.com**

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el
mes de marzo del año 2014.

Ésta es una publicación gratuita y es cortesía del
H. Ayuntamiento de Nezahualcóyotl y
Para Leer en Libertad A.C

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.